

## SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 40  
 POR UN AÑO... 40

## LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## DOS AVENTURAS DE CAZA.

Cuando estaba en América, tenía la costumbre de irme á pasear casi todas las tardes á la plaza principal de Washington. Allí me encontraba muchas veces á un hombrecillo cojo, con anteojos verdes, bastante feo, y que con un sedal se dirigía á uno de los ríos inmediatos, para pescar pececillos que son allí muy comunes. La fisonomía de aquel hombre era tan alegre, que concluyó por servirme de una especie de distracción, tanto mas cuanto que casi todas las tardes le veía volver con la cestilla vacía. Un día que daba mi paseo habitual acompañado de un capitán que acababa de llegar de la América del Sur, pasó junto á mí el desgraciado pescador, y comencé á reirme.

—¡Pobre bobalicon!... exclamé.

—Mi amigo me miró sonriendo.

—Ese hombre no siempre ha estado ocupado en pescar infructuosamente. Le he conocido no hace mucho tiempo en otras regiones, donde daba pruebas de valor y de habilidad en una pesca mas seria. Y llamando despues al anciano:

—Hola, maese Dedmer, le dijo, ¿cómo pasais junto á un amigo antiguo sin saludarle?...

El pescador se acercó y estrechó afectuosamente la mano al capitán.

—Ese caballero, continuó bruscamente este, se rie de vuestra poca fortuna en la pesca.

—Efectivamente, contestó el anciano con una candidez encantadora, las eventualidades no me son favorables; pero esto depende en gran parte de la debilidad de mi vista: cuando uno está casi ciego, hace muy mal pescador.

Tuve remordimientos cuando supe que la poca destreza de aquel hombre era producida por tan triste enfermedad.

—No importa, replicó con alegría, si los pececillos muerden ahora impútemente mis anzuelos, no siempre ha sucedido lo mismo con otros mucho mayores.

—Ya lo sé y deseo convencer de eso á este caballero... Contadle, pues, lo que os sucedió en la Guayana.

—Con mucho gusto, dijo el viejo; pero hacedme el favor de mirar en el reloj del Capitolio qué hora es para no retardar el regreso á mi casa, porque mi mujer estará con cuidado.

Fui á mirar la hora en el reloj del Capitolio, que es la casa de ayuntamiento de Washington y le dije al anciano que eran las cuatro.

—Todavía puedo disponer de media hora, dijo, escuchad pues.

I.

En el tiempo que permanecí en la América del Sur, tuve ocasion de pasar algunas semanas en un caserío situado á la orilla de un río que tiene su nacimiento en las montañas de la Guayana. Mi patron, aunque la mayor parte del tiempo estaba ocupado en dirigir é inspeccionar los trabajos de su plantacion, encontraba, sin embargo, medio de dedicar una buena parte de él á su diversion. Acompañados de dos criados y de César, negro inteligente y activo, penetrábamos algunas veces en lo interior de las tierras y hacíamos una guerra bastante mortífera á los cuadrúpedos y las aves de que abundan aquellas regiones: otras

veces, bajando por el río con un par de canoas, nos divertíamos en pescar, y para variar de ejercicio tan monotonó, hacíamos de cuando en cuando disparos á las aves que se nos ponían á tiro.

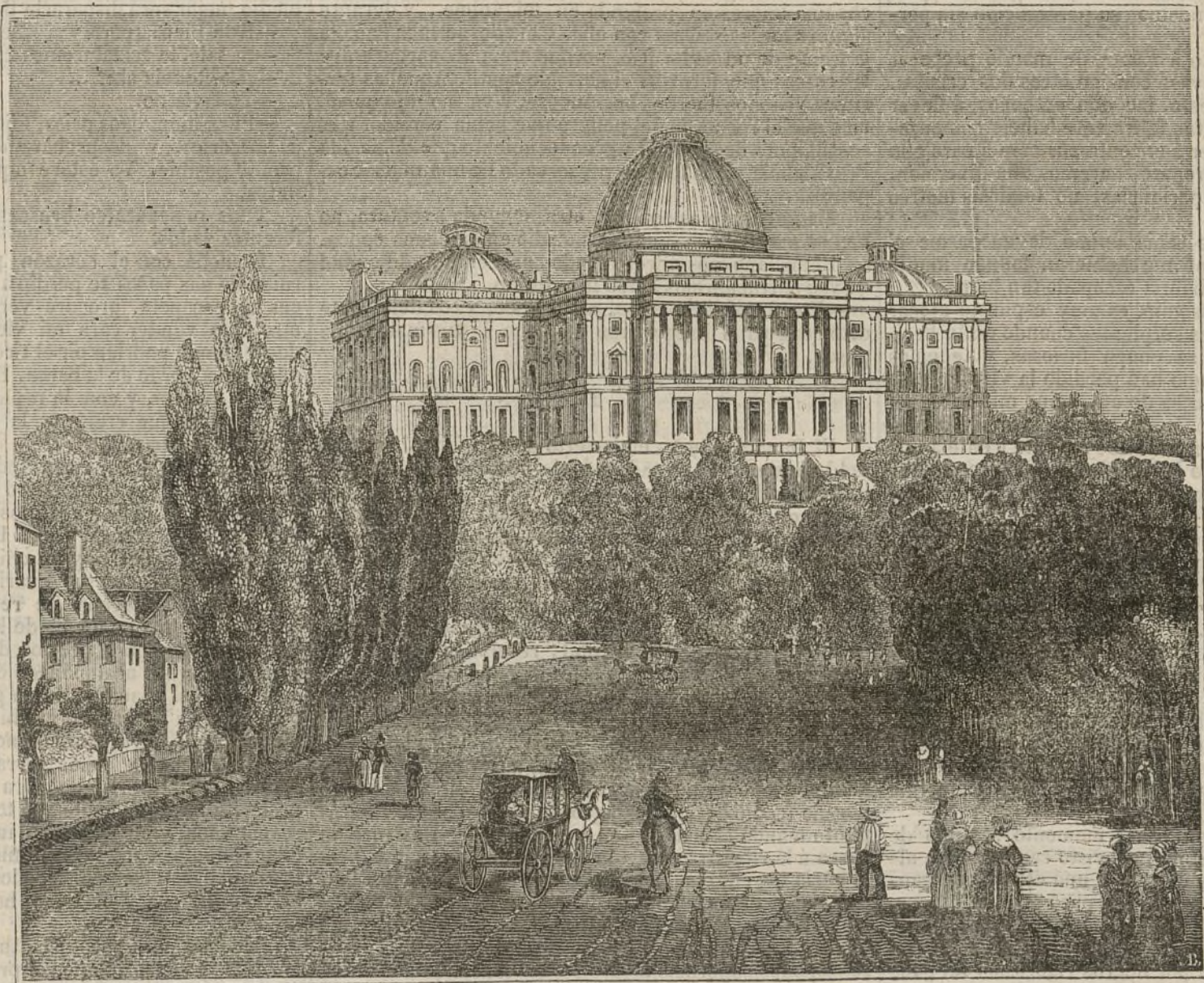
Por consecuencia de la configuracion del país, que es bajo y llano en las inmediaciones del mar, muchos grandes ríos de la costa septentrional de la América del Sur, se dividen en muchos brazos ó canales, antes de confundir sus aguas con las del Océano. Las islas formadas por aquellos canales, tienen algunas veces una estension considerable y se componen de sábanas ó terrenos pantanosos; cubiertos en gran parte por herbazales, juncos, cañas y otras plantas acuáticas. En aquellas malezas espesas y casi inaccesibles, tienen su guarida numerosas especies de reptiles, que solo salen para ir en busca de su presa.

pacio de una hora ó dos por los alrededores de la casa, sin encontrar nada que me llamase la atención: por fin, procurando pasar el tiempo del mejor modo posible, y pareciéndome que hacia demasiado calor para ir á caza, mandé á uno de los criados que preparase los chismes de pesca. Concluidos bien pronto aquellos preparativos, le mandé traer tambien mi escopeta y no admitiendo la oferta que me hizo de acompañarme, salté en la barca y seguí la corriente, aunque con lentitud: como no era muy rápida, tardé algun tiempo en llegar al sitio en donde el río se divide en muchos brazos. Dirigi mi canoa hacia uno de ellos, en donde ya habia estado con César y tenido ocasion de ejercer mi habilidad. El canal no tenia por lo general, mas que diez y ocho á veinte pies de ancho. Maniobré durante algun tiempo con la vela, ya bajando, ya subiendo la corriente,

procurando derribar algunos pájaros de brillante plumage que frecuentan aquellas lagunas. Pero habia muy pocos, y ademas no se dejaban acercar. Quizá tambien yo no tiré con mi acostumbrado aplomo; mas sea como fuese, lo cierto es que yo agoté todas mis municiones excepto un solo tiro, y no maté mas que un pájaro de la especie de los fenicopteros. Desalentado con mi poca suerte eché mis anzuelos, y al cabo de un rato los saqué del agua: pero fuese que no estuviesen cebados con el esmero que César acostumbraba á hacerlo, ó que los peces imitasen en la ferocidad á las aves, no cogí nada. Creyendo que tal vez sería mas afortunado en otra parte, volví á bajar el río un largo trecho y arrojé por segunda vez los anzuelos.

Sin embargo, la temperatura habia llegado á ponerse sofocante. Como no veia ninguna probabilidad de aprovechar mi último tiro, me quité los zapatos y las medias, y metí los pies en el agua: luego, poniendo

el arma á mi lado, me tendí sobre los bancos de la canoa, hasta que fuese tiempo de sacarme mis sedales. En esta posicion me fui aletargando insensiblemente, y concluí por dormirme, abrumado, á mi parecer, por el calor y el cansancio. Ignoro cuanto habia que permanecia en aquel estado, cuando me despertó una sensacion extraña: era una especie de cosquillas, como si algun animal me lamiese los pies. En aquel estado de semi-estupor que sigue inmediatamente al despertar, volví la vista hacia aquel lado... Mientras viva, jamás olvidaré el horroroso estremecimiento que sentí en todo mi cuerpo, al ver la cabeza y cuello de una enorme serpiente que cubria de saliva uno de mis pies, disponiéndose, segun calculé al momento, á tragarse. Habia yo arrostrado la muerte bajo muchas formas, en el Océano y en los campos de batalla: pero hasta aquel día, jamás habia pensado que pudiera presentarse á mi vista con tan espantoso aspecto. Un instante, un solo momento, estuve fascinado: pero el conocimiento de mi posicion me hizo volver en mí: retiré con presteza mi pierna mientras el monstruo fijaba en mí sus perdidí y repugnantes ojos, y al mismo tiempo agarré mi escopeta. La serpiente, aturrida sin duda con el movimiento que hice, encogió su cabeza hasta debajo del bordo de la canoa. Yo creo, que engañada por mi inmovilidad me habia tomado por un cuerpo muerto. A penas habia tenido tiempo de incorporarme y de dirigir el cañon de mi escopeta hacia aquel lado, cuando volvieron á parecer el cuello y la cabeza del reptil, moviéndose hacia atras y hacia adelante, como si



Vista del Capitolio en Washington.

Mi patron y César me tenían dicho que con frecuencia habian visto que serpientes muy grandes atravesaban los canales para pasar de una isla á otra, y que habian conseguido matar algunas con mucho trabajo y peligro. Aquellas narraciones excitaban mi curiosidad, y hubiera deseado ver tambien uno de aquellos reptiles. No por que yo deseara conocerlos á fondo... al contrario, lo poco que de ellos habia visto me habia inspirado una aversion bien profunda, y cuanto habia oido referir de sus espantosos medios de destruccion, solo servia para fortalecer aquel sentimiento. Sin embargo, no me habria disgustado el ver uno aunque fuese desde lejos.

Desgraciadamente en todas nuestras escursiones no se nos presentó nada, y ya comenzaba á sospechar que mi patron y César habian exagerado el número y las dimensiones de las serpientes que decian haber visto y destruido. Pero poco tiempo despues me sucedió una aventura que cambié completamente mi opinion con respecto á este punto y me obligó á hacer justicia á su veracidad.

Un día, á cosa de tres semanas despues de mi llegada, mi patron me dijo que tenia precision de ir á ver una propiedad situada á unas cuatro leguas de allí, y que la mayor parte del camino estaba cubierto de bosques, por lo que tenia que llevarse á César, única persona que sabia bien el camino. Añadió que volvería por la tarde temprano y que si hasta tanto queria dar un paseo por agua, podia hacer que me acompañasen los criados que conceptuase mas á propósito.

En cuanto se marchó, anduve dando vueltas por es-



buscase un objeto que había perdido. La punta de mi cañon solo estaba a algunos pies de distancia. Hice fuego, y recibí todo el tiro en la cabeza. Sacando entonces fuera del agua una parte de su cuerpo, dió un horroroso silbido que heló toda la sangre de mi cuerpo, y desplegando á mis ojos sus enormes proporciones, que hasta entonces no había podido mas que sospechar, pareció querer arrojarse sobre mi, y enroscarme en sus numerosos pliegues: pero dejando á un lado la escopeta, con un vigoroso golpe de remo, puse la canoa fuera de su alcance. Al alejarme, pude observar que mi tiro había producido efecto, porque comenzó á salir sangre de la cabeza del reptil, mientras daba vueltas y hacia espantosas contorsiones. Desgraciadamente, como ya he dicho, había agotado todas mis municiones, sin lo que seguramente hubiera repetido al monstruo uno ó dos saludos como el que ya le había hecho.

Todo esto pasó en menos tiempo que os lo cuento. Al subir el río, pude oír el ruido de los juncos, á donde se había refugiado la serpiente, que se doblaban y rompían con el peso de su cuerpo. Ya no pensé en mis sedales que había abandonado, pero continuando en surcar la corriente con toda la velocidad que podía imprimir á mi canoa, no tardé mucho en llegar al sitio en donde me había embarcado. Salté á tierra, y amarrando aceleradamente el barquichuelo, corrí á la casa, en donde encontré á mi excelente patron que acababa de llegar. Le conté el peligro de que acababa de librarme milagrosamente, y el estado en que había dejado á la serpiente.

—En ese caso, me dijo, no debemos dejarla escapar: es necesario que emprendamos su persecucion sin perder un momento.

Y llamando al punto á César, le mandó preparar las escopetas y que llevase consigo otros dos criados.

—Si os hallais dispuesto, me dijo entonces, á llevar á cabo la aventura que tan felizmente habeis comenzado, si no temeis el volver á encontraros cara á cara con vuestro enemigo, os proporcionaremos una diversion, que segun todas las apariencias, no tendreis motivo para sentir.

Le contesté que no tenia ánimo de quedarme el último, y anadí que si no me hubieran faltado municiones, mi enemigo no habría escapado tan bien.

—Por lo general, prosiguió, es muy espuesto atacar de cerca á esas grandes serpientes cuando están heridas: porque entonces se ponen furiosas, y tenemos ejemplares de algunos que han perdido la vida en esta clase de empresas. En casa de un vecino mio habia un pobre diablo, que acompañando un día á su amo y varios amigos á caza, se encontró de repente frente á una grande boa. Al momento la hizo fuego, y creyendo que la habia herido mortalmente, se adelantó para rematarla, mas arrojándose el animal sobre él, le agarró, le tiró á tierra y envolvió en sus roscas. Sus horrorosos gritos hicieron que los demas cazadores acudiesen en su auxilio, pero cuando llegaron, de tal modo se habia apoderado de él la serpiente, que no habia la menor probabilidad de salvarle. Era imposible tirar sin causar mas daño al hombre que al reptil. Acercarse y procurar desprenderle, hubiera sido esponerse á sufrir la misma suerte. Con todo, se consiguió matar al reptil, pero despues que ya habia ahogado á su victima.

No os arredre esta historia, dijo mi amigo riéndose; porque nosotros tomamos tantas precauciones para acercarnos, que casi es imposible que suceda ninguna desgracia.

César se presentó en aquel momento seguido de media docena de auxiliares, provisto cada uno de algun arma: dos de ellos llevaban una especie de gancho en un palo largo, para abrir paso por los juncos. Bien pronto estuvimos sentados en las barcas, y bajamos rápidamente el río, merced á nuestros remos manejados con destreza por negros vigorosos. En poco tiempo llegamos al teatro de mi proeza. En una parte de la ribera que no estaba cubierta de juncos, se veian rastros de sangre que demostraban que la herida del animal era grave. Precisamente en frente del sitio en donde habia aquel rastro, estaban los juncos aplastados y tronchados, y dejaban entre sí un espacio bastante ancho para que pudiese un hombre penetrar por él sin dificultad.

Habiendo hecho alto para asegurarnos de que nuestras armas estaban en buen estado, escuchamos con atencion procurando distinguir algun ruido que pudiese indicarnos el retiro de nuestro enemigo; pero no oiamos nada. Entonces resolvimos entrar en la espesura. Uno de los negros marchaba delante, y con su pica de garfio, iba apartando cuanto obstruia el paso: mi amigo y yo le seguíamos con las escopetas al brazo, y César y los demas formaban la retaguardia. Los juncos tenian por todas partes de ocho á diez pies de altura, y estaban tan espesos, que nos hubiera costado inmenso trabajo el abrimos paso, sin el surco que la serpiente habia formado.

Habíamos andado á mi parecer, unos cincuenta pasos, cuando el negro que nos precedia, hizo una seña que nos dió á conocer nos aproximábamos al enemigo. Al momento recibí la orden de retroceder, y avanzando con precaucion mi patron y yo, divisamos entre los juncos el cuerpo del monstruo, que tenia arrollada una parte de él, y el resto yacia estendido por la tierra: pero la espesura de las malezas nos impedia ver la cabeza. Desconcertado con nuestra llegada, nos pareció, segun pudimos juzgar por sus movimientos, que se volvía hacia nosotros y se disponia á atacarnos. Nuestras escopetas estaban prevenidas y en cuanto descubrimos la cabeza, los dos hicimos fuego casi á un

mismo tiempo. Los juncos interceptaron una parte de la carga, pero la que recibió nos pareció suficiente, porque su erguida cabeza volvió á caer al suelo, y comenzó á dar penetrantes silbidos y á agitarse de una manera convulsiva. Aunque casi fuera de combate, todavia era muy espuesto arrimarse, pero César que tenia mucha intrepidez y sangre fria, nos suplicó que no tirásemos mas, y abriéndose paso por entre los juncos, dió un pequeño rodeo para llegar hasta el monstruo, y consiguió darle un golpe que le aturdió completamente: muchos golpes semejantes concluyeron bien pronto su victoria. Viendo ya muerto á nuestro enemigo, pudimos examinarle á nuestro gusto, y confieso que no pude sin estremecerme tocar á aquel monstruo, á quien faltó muy poco para que sirviese de pasto.

Pusimos entonces manos á la obra, y á duras penas logramos llevar aquel enorme animal hasta la orilla del agua. Allí le atamos á una de nuestras barquillas, y le remolcamos hasta la casa. Le medimos, y encontramos que tenia cerca de cuarenta pies de largo; su cuerpo por algunas partes, era tan grueso como el de un hombre. Mi amigo me dijo que era la serpiente mayor que habia visto muerta, aunque habia alcanzado á divisar otras, que segun todas las apariencias debian ser de una talla mucho mas gigantesca.

Cuando por la noche me encontré sentado á una mesa opipara, me sentí abrumado por el cansancio y las emociones de aquel día. Sin embargo, me fui reanimando poco á poco, y no recuerdo haber pasado jamás una velada mas agradable. Pero aquella aventura habia hecho una impresion profunda en mi ánimo, y durante algunos meses soñaba con ella, y me despertaba bañada la frente de un sudor frio, porque creia ahogarme entre las roscas que formaba el horrible reptil. Aquellas terribles visiones fueron borrándose, y ya no me quedó mas que el recuerdo del peligro que habia corrido, y el sentimiento de gratitud y reconocimiento que debia á la Providencia por haberme preservado de una muerte espantosa.

Mas adelante os contaré otra segunda aventura, no menos maravillosa, que me sucedió en la misma época.

El anciano nos miró, y pudo conocer sin dificultad que su narracion nos habia interesado.

—Voy á referiros, dijo, otro lance, y os dejo: este comienza ya á asemejarse un poco á mi malhadada pesca.

## II.

El Bundelcund es el desierto de la India. La mano del hombre no ha tratado todavia de limpiar la tierra de las zarzas de que se halla cubierta. El terreno pantanoso de aquella comarca es tan mal sano, que muy pocos individuos, por pobres y miserables que sean, han tenido valor para establecerse allí. Yo tenia que atravesar aquel pais para incorporarme con mi regimiento. Fastidiado completamente de mi cautiverio á bordo del barquichuelo en que avanzaba lentamente por medio de las llanuras de Bundelcund, resolví saltar á tierra en el primer sitio que me ofreciese el agradable aspecto de una habitacion humana. Sabiendo que todo el pais estaba infestado de animales feroces, no me dejé tentar por una porcion de sitios admirables, pero solitarios, por enfrente de los cuales pasé. Por fin llegué á un pequeño grupo de cabañas indias, situadas á menos de medio cuarto de legua de la orilla del río. Al punto mandé abordar á mi piloto, y que amarrase la barca á la ribera: luego, tomando la escopeta, me dirigí hacia las chozas. Apenas vieron que me acercaba, dos indios enteramente desnudos, y sin mas que unos pequeños delantales, me salieron al encuentro y me avisaron que caminaba por un terreno lleno de agujeros tapados superficialmente. Me dijeron que su única ocupacion consistia en abrir aquella especie de hoyos, de cerca de ocho pies de profundidad, que cubrian en seguida con ramas y matorrales. De este modo se apoderaban de los animales silvestres; creyendo estos andar ó correr por un terreno firme, caian de repente en el lazo, y se encontraban sin defensa á merced de los indios, que los mataban y quitaban las pieles para venderlas, y reclamar de las autoridades el premio ofrecido por cada cabeza de tigre. En un año habian cogido una veintena de ellos. Dos indios habian sido muertos por las fieras; pero sus compañeros, considerando aquellos accidentes como consecuencia natural de su predestinacion, no se manifestaban muy afectados; era ya tarde, y los envié á buscar las esterillas de junco en que acostumbraba á dormir, porque habia determinado pernoctar en una de sus cabañas. Los indios me habian prometido llevar al rayar el alba á una caceria muy estraña; con semejante promesa me hubieran hecho dar la vuelta á la mitad del globo; así es que no titubeé en aceptar su oferta.

Despues de tomar un poco de arroz y de limpiar mi escopeta, uno de cuyos cañones iba siempre cargado con bala, y el otro con municion gruesa, preparé mis arreos de caza para el día siguiente, ocupacion asaz interesante cuando uno se encuentra aislado como yo lo estaba entonces; en seguida me acosté tomando la precaucion de cerrar la puerta tan perfectamente como me fué posible, porque no me agradaba la figura ni los modales de uno de mis indios, y comenzaba ya á arrepentirme de haberme entregado tan confiadamente á su discrecion. Mis criados, que sentia mucho no haber llevado conmigo, estaban á medio cuarto de legua de distancia. Las gentes entre quienes me hallaba, eran hombres de un carácter feroz, de una talla y fuerza

atléticas, acostumbrados á luchar con las fieras; la facilidad que tenian de trasladar su residencia de un punto á otro, pudiendo desafiar en las vastas selvas del Bundelcund todas las pesquisas; con una codicia proverbial, y apreciando en muy poco la vida; ¿quién me garantizaba de que aquellos hombres no se arrojasen sobre mi para asesinar-me? Habia cometido la imprudencia de dejarles ver mi bolsa llena de rupias, y les habia encomiado las cualidades de mi escopeta, objeto mucho mas precioso para ellos que el oro. ¿Quién podia impedirles hacerse dueños de todo?... Nadie. Comprendia el peligro de mi posicion, y revolviendo en mi mente aquellos pensamientos, mi sueño fué ligero y poco tranquilo.

Seria ya la una de la madrugada, cuando me despertó un ruido sordo; muchas personas hablaban en voz baja junto á la ventanilla de mi cabaña, que no tenia mas que un postiguito, ó mas bien un marco guardado de yerbas secas. Me coloqué sin hacer ruido en aquel lado, y con gran temor mio les oí manifestar sus feroces intenciones.

—¿Desde cuándo, preguntó una voz que no habia oido hasta entonces, desde cuándo le tienes?

—Desde ayer tarde al anocheecer.

—¿Y despues has escuchado para asegurarte si se movia?

—Sí, y creo que duerme.

—En ese caso, ha llegado el momento de caer sobre él. Pero como dices que es fuerte, es preciso manejar con prudencia. ¿Cómo le atacaremos?

—Creo, contestó uno de los interlocutores, que el medio mejor será dispararle flechas envenenadas.

—Está bien: ¿pero y si sale?

—Si sale, le remataremos con nuestros cuchillos.

—¿Los teneis ahí?...

—Todavía no.

—Pues bien, daos prisa, dijo el que parecia gefe: id á buscarlos, y despacharemos este negocio lo mas pronto posible. Yo estaré aqui dentro de cinco minutos.

Y los oí separarse bruscamente y marchar por diferentes lados.

Escuché con el corazon palpitante hasta que el ruido de sus pasos se perdió á lo lejos: tomando entonces mi escopeta, procuré ver como escaparme, ó en otro caso vender cara mi vida, y en campo abierto, desde donde podrian oír el tiro mis gentes que habian quedado á bordo de la barca. Un instante despues atravesé la puerta, y con la rapidez del rayo me lancé en la direccion que creia ser la del sitio en que estaba amarrada mi barca.

Alumbraba la luna con todo su resplandor, y corria sin pensar en otro peligro que el de ser perseguido por aquella banda de asesinos entre quienes habia tenido la desgracia de caer. Los aullidos del jacal, los rugidos de las fieras, y los chillidos de las aves de rapina perturbadas en sus guaridas, aumentaban el horror de aquella escena. De repente observé que una cosa daba saltos en medio de los matorrales, y oí crujir las ramas con la presion de un cuerpo pesado. Un gruñido salvaje acompañado de un silbido particular, semejante al maullido de un gato, y unos ojos que brillaban en la oscuridad, me hicieron conocer que me perseguia un tigre, y me conceptué perdido. Un salto mas, y estaba ya en las garras de mi feroz enemigo. No tuve ni aun tiempo para rezar una oracion. Me precipité hacia adelante con toda la energia de la desesperacion, y en el mismo instante sentí una conmocion violenta: centellearon mis ojos, todos mis miembros quedaron como dislocados; caí en un foso, y en el acto de caer, el tigre habia saltado por encima de mí.

Recobrado un poco del aturdimiento producido por la caída, y consolado por el pronto del terror que habia experimentado, me aventuré á levantar la vista. A la claridad de la luna vi al tigre echado á la orilla del hoyo, espialdo con una ansiedad salvaje al desgraciado que evidentemente debia considerarse como una presa que no podia escapársele. Sus relucientes ojos seguian todos mis movimientos, y me bajé cuanto pude para ponerme á cubierto de sus sangrientas garras.

Como mi vista comenzaba á familiarizarse con el sitio en donde me encontraba, vi con grande horror una serpiente negra, que procuraba volver á subir por las paredes del hoyo. No pudiendo conseguirlo, parecia que titubeaba en si haria una nueva tentativa para escaparse, ó si atacaria al intruso que temblaba delante de ella. Por último, aparentó decidirse por este partido: enderezóse de repente, y fijando en mí sus ojos verdosos y brillantes, se preparó á arrojarse sobre su presa. Púseme de pie, mas apenas habia hecho aquel movimiento sentí que las uñas del tigre se clavaban en mis hombros, porque al levantarme, me habia imprudentemente colocado á su alcance. El animal al verse de aquel modo, descompuso las ramas que estaban á la orilla del hoyo, y la escopeta se me cayó á los pies. A pesar de la mucha sangre que me salia, y del intenso dolor que sentia, tuve bastante fuerza para volverla á coger, y haciendo inmediatamente fuego á la serpiente, la maté en el momento que iba á arrojarse sobre mí.

La detonacion de mi arma pareció redoblar la ferocidad del tigre, que trató entonces de bajar á la trampa. Comencé á pensar con seriedad si no valdria mas entregarme desde luego á la sanguinaria furia de aquel animal, que permanecer por mas tiempo en tan horrible prision. Un vértigo funesto se apoderó de mí, y la desesperacion habia alterado mi razon. Sabia que la



compañera de la serpiente no tardaría en venir á buscarla. Ya principiaba el tigre á desmoronar la tierra con sus impacientes garras: la naturaleza humana iba á sucumbir, cuando de repente se oyó un rugido espantoso, y el tigre atravesado por muchos dardos envenenados, rodó con las convulsiones de la muerte. Un instante despues, apareció mi patron de la vispera y mis amigos, que me sacaron del foso. Encontrándome casi sano y salvo prorumpieron en gritos de alegría, me felicitaron, y los indios particularmente, se manifestaban muy gozosos por haberme librado.

¿Qué significaba, pues, su conducta? bien pronto se aclaró el misterio. Al conducirme á la barca me dijeron que acababan de matar un hermoso leopardo, que habia caído el día anterior en una de sus trampas, y que era objeto de la conversacion, en que habia creído descubrir un complot contra mi vida. Volvian de aquella expedicion cuando oyeron mi escopetazo, y precipitándose hacia aquella parte, habian tenido la dicha de llegar á tiempo para salvarme.

Al concluir estas palabras el anciano se separó de nosotros.

## REVISTA DE PARIS.

Como la memoria del carnaval está fresca todavía, nuestros cofrades parisienses apenas se ocupan de otra cosa en sus crónicas del presente mes sino de los innumerables bailes que ha habido en esta alegre y bulliciosa estacion. Y en efecto, Paris ha ofrecido en la semana próxima al carnaval una série de bailes capaces de dejar satisfecha la aficion de todos nuestros polkistas, si hubiesen tenido la dicha de encontrarse en esa época junto á las márgenes del Sena. Ya que durante la severa estacion de los ayunos no podamos tener ante nuestros ojos esta grata perspectiva, sirvannos de consuelo los recuerdos de lo pasado, y despues de haber disfrutado en persona de los bailes de Madrid, disfrutemos siquiera sea de oidas, de los suntuosos bailes de Paris.

He aquí la relacion que de ellos hace uno de nuestros cofrades en un artículo de salones.

La última semana, dice hablando de una de las anteriores al carnaval, ha sobrepujado á las demas en el número y en la brillantez de las reuniones.

El domingo tomó la iniciativa la señora condesa Teodosia de Chabillant, que logró convertir sus salones en un verdadero ramillete-mónstruo. Una espléndida galeria, lujosamente adornada de terciopelo y oro, habia trasformado en salon una parte del jardin, y en medio del baile á una hermosa estatua de mármol, que parecia allí como asombrada de lo que pasaba en torno suyo: la concurrencia era numerosísima, y todas las opiniones se veian representadas en ella: así es que se destacaba en medio de las individualidades mas realistas el risueño perfil de Mr. Thiers y el ostentoso pecho del conde Emiliano de Newerkerke. Tras del primer cotillon vino el segundo, y tras de la primera cena la segunda cena: así fueron pasando las horas hasta que llegaron las siete de la mañana.

El lunes hubo baile en casa de la señora condesa de Chasseloup-Laubat; la concurrencia tambien era inmensa.

El martes los hubo en casa de madama Wilson, la condesa de Benoit, la princesa Matilde, madama Pedre-Lacaze, y la marquesa Des Moustiers. En el baile de madama Wilson el vizconde de Arincourt se encontró entre dos puertas con su adversario el príncipe de Canino. La calle de Borbon, donde habitan las señoras marquesas Des Moustiers y Wilson, ofrecia tal confusion de carruages, que la señora condesa de Gervillier estuvo esperando dos horas para tomar el suyo. En casa de la señora de Wilson todos felicitaban á Mr. d'Arincourt por el éxito de su bella ópera *Elmina*, música del célebre maestro Sarmiento, que acaba de representarse en el gran teatro de Parma.

El miércoles inauguró sus salones la embajada de Prusia con un magnífico baile. El señor duque de Valencia, cubierto de condecoraciones, era el objeto de todas las miradas, y no parecia resentirse en nada de sus pasadas emociones.

El jueves ha habido otro baile en casa de la señora duquesa de Uzès. Levassor, y sus canzonetas tuvieron una entusiasta acogida. La misma noche hubo otro en casa de la señora marquesa de Negron: poca concurrencia, pero sumamente escogida: llamaron muy particularmente la atencion dos jóvenes mejicanas de una belleza imponderable. Un estrangero, condecorado de tal suerte que podia competir ventajosamente con Alejandro Dumas, ofrecia á los ojos de la concurrencia el espectáculo de cinco grandes cruces, que formaban sobre su pecho un verdadero sol de diamantes. El señor conde de Rivadavia, agregado á la embajada de España, se parecia, como se parecen dos gotas de agua, á un retrato del tiempo de Felipe II.

El viernes hubo otra reunion en casa de la señora de Corbin, y otra brillantísima en casa de la condesa de Osmoy, que han sido las últimas de esta alegre semana.

He aquí, pudiéramos decir ahora nosotros, y dirán de seguro todas nuestras lectoras, una semana perfectamente empleada. ¡Oh! ¡y cuán ciertos estamos de que la mayor parte de ellas hubieran deseado pasarla en Paris, si les hubiese sido dable recorrer una por una las brillantes reuniones de que les hemos dado noticia!

Pero á los bailes puede tambien aplicarse por desgracia aquel adagio vulgar, «no hay rosa sin espinas.» No es todo diversion y regocijo en las fiestas de carnaval: y no pocas veces viene tras la alegría un pesar inesperado, tras las horas serenas de la dicha, las borrascosas horas de la tormenta. Esto sucede en Paris como en Madrid, y como en todas partes del mundo. Y en prueba de esta verdad, ahora que no se baila, séanos lícito trasladar á continuacion la anécdota que bajo el título de *consecuencias de un baile* nos refiere una bien escrita revista parisiense.

El conde de\*\*\* es el afortunado esposo de una linda y encantadora muger; pero su felicidad no data del día de ayer. La dichosa pareja está en el segundo año de su matrimonio, año crítico, cuyas vicisitudes y peligros ha pintado Scribe con tan vivos colores en uno de sus graciosos vaudevilles. El joven marido no ha abandonado todavía algunas relaciones de su vida de soltero, y mas bien ha renovado algunas otras; sin intencion, segun se cree, pero con la aficion necesaria para haberlo llevado en este último carnaval á alguno de esos alegres bailes de máscaras, donde se encuentra un poco de todo aquello que se busca. La calaverada podia ser inocente, y sin embargo, el conde tuvo mucho cuidado de ocultarla y de dar al empleo de aquel tiempo un pretexto con todas las apariencias de verdad. Concluido el baile volvió á su casa á la salida del sol, porque sabido es que todas estas bromas se alargan siempre por circunstancias imprevistas, y concluyen de ordinario con la primera luz del alba.

La condesa, que se habia acostado temprano, se levantó muy de mañana. Tenia que hacer algunas compras importantes; tratábase de elegir en detalle todos los objetos de adorno que requerian las solemnidades de la estacion. Levantóse pues, y mandó que sin demora enganchasen la berlina.

Una vez sacada la berlina de la cochera, donde acababa de entrar, la condesa arregló en un instante su *toilette*, y comenzó su excursion de tiendas. Al cabo de dos horas el carruaje estaba ya atestado de paquetes: queriendo ponerlos en buen orden, la condesa, sin advertirlo, sacó de su sitio un almohadon y vió caer á sus pies una cosa brillante: era un lindo pendiente, ó mejor dicho, un horrible pendiente, porque la alhaja no pertenecia á la condesa. ¿De quién era, pues, aquella prenda? En vano puso en tortura su memoria; ninguna de sus amigas habia subido en su carruaje hacia ya mucho tiempo: la alhaja pertenecia pues, á alguna muger á quien ella no conocia y que habia entrado en el carruaje sin su autorizacion. Pero ¿cómo y con quién?—No siendo con ella, forzosamente habria sido con su marido.

No le fué difícil averiguar del cochero, interrogándole con aire al parecer muy indiferente, que su marido se habia servido aquella noche de la berlina. Pero la condesa era una muger de demasiado talento para querer averiguar todo lo demas por medio de sus criados.

Estaba, pues, en camino de descubrir un cruel y terrible secreto: de vuelta á su casa se encerró en su cuarto prestando una jaqueca para no ver á nadie, y allí, paseándose acaloradamente de uno á otro extremo del cuarto, buscaba en su cabeza los medios de llegar á una revelacion completa.

Un incidente imprevisto vino á favorecer sus deseos. Al pasar por delante de una vecina que caia al patio, vió que se abria la puerta de la calle, y una joven, como en traje de doncella, hablaba al portero, que salió al instante de su cuarto y llamó al cochero. Trabajó entre los tres personajes un coloquio de muy corta duracion, despues del cual el cochero, seguido de la joven, se acercó á la berlina, que habia quedado en un rincon del patio, la abrió, y comenzó á levantar los cojines.—La prueba era evidente.

—En el mismo instante llamó la condesa á su camarera y le mandó que subiese á su presencia, sin escusa ni pretexto alguno, la joven que hablaba con el cochero. En caso de resistirse, mandó cerrasen las puertas y no la dejasen salir. Un momento despues, la joven, tímida y entrecortada, se presentó delante de la condesa, y esta le dijo: Señorita, le he dado á vd. el trabajo de subir hasta mi cuarto, y todo trabajo merece salario: tenga vd. esos diez luises. Ahora responda vd. á mis preguntas: ¿de parte de quién ha venido vd.?

—De la señorita de\*\*\* del teatro de...

—¿Dónde vive?

La joven le dió en seguida las señas de la habitacion de su ama.

—¿Viene vd. á buscar un pendiente? le dijo la condesa.

—Sí, señora.

—¿Que se perdió en el carruaje donde vd. lo estaba buscando hace un momento?

—Al menos así lo supone mi señora, porque está segura de que lo tenia puesto al salir del baile.

—¿Es este el pendiente?

—Sí, señora; lo reconozco.

—Está muy bien, señorita; pero como yo no la conozco á vd., no puedo entregarle esta alhaja. Digale vd. á su señora que esté tranquila; que su pendiente ha parecido, y que yo cuidaré de enviárselo esta noche.

Aquel mismo día habia convidado á comer á toda su familia; sabia que su marido no podia faltar á esta reunion; vino en efecto, y la condesa comenzó por disimular y por contener la tempestad que debia estallar mas tarde: solo se notó que su semblante estaba alterado, y sus ojos brillaban con una extraordinaria inquietud.

Despues de la comida, cuando todos los convidados entraron en el salon á tomar el café, la condesa hizo llamar á un criado de toda su confianza; uno de esos antiguos servidores á quienes se deja tomar parte en los secretos de las familias y á quienes no se emplea sino en comisiones muy delicadas.

—Roberto, le dijo, va vd. á ir á la calle de... número 7, en casa de la señorita\*\*\*.

Sus padres se sorprendieron al oírle pronunciar este nombre, y en el semblante del conde se vió pintada una turbacion que no le era fácil disimular.

—¿Cómo! le dijo: ¿qué vas á hacer?

—¿Quién es esa señorita? preguntó la madre á su hija.

—Una bailarina, dijo con amarga sonrisa la condesa. Y continuó dirigiéndose á Roberto.

—Le entregará vd. este pendiente, que dejó caer esta noche en mi berlina, cuando estuvo en ella con el señor conde.

Este fué un verdadero golpe de teatro, que produjo en aquella escena un cuadro del mayor efecto. Los padres indignados; la condesa triunfante en su cólera y en su dolor; el marido consternado, procurando cohonestar su falta, pero precisado á ceder ante la fuerza de un documento cuya autenticidad no podia negar.

Confesó que habia estado en el baile; que se habia visto precisado á llevar á su casa, á instancias de sus amigos, á una bailarina que no tenia carruaje; pero que no habia hecho mas que acompañarla hasta la puerta, sin permitirse respecto de ella la mas leve confianza.

—¡Bah! los pendientes nunca se caen sino cuando hay grande agitacion en las cabezas; dijo con aire de triunfo y de maestria su implacable suegra.

—No quiero presenciar por mas tiempo estos desórdenes. Me vuelvo á mi antigua familia.

—Si, hija mia, ven con nosotros.

Y dejaron al conde solo y abandonado á sus remordimientos.

Parece que los amigos de una y otra parte trabajan por evitar una separacion y conciliar á los desavenidos esposos.

J. M. A.

## WILHELMINA.

### NOVELA.

#### I.

#### EL CASTILLO DE BRISBERG.

A dos millas cortas de Inspruck, no lejos de la frontera de Suiza, en medio de aquellas rocas de mármol entrecortadas por bosques de abetos y que se elevan sobre las blancas cimas de las altas montañas del Tirol, se veia á fines del siglo último un antiguo castillo, al que su maciza construcción, sus torreones y aspilleras daban el aspecto sombrío é imponente de una fortaleza. Este castillo abandonado ya hacia cerca de cincuenta años por la noble familia á que pertenecia desde tiempos inmemoriales, habia llegado á ser, en la época en que comienza esta narracion, la residencia del baron de Brisberg, en otro tiempo chambelan de la emperatriz Maria Teresa.

Por consecuencia de una de esas intrigas de corte que frecuentemente suelen privar á los príncipes de sus mas fieles servidores, el baron habia hecho el año anterior dimision del puesto que ocupaba al lado de su soberana, y tal vez por despecho como por filosofia, dejó á un mismo tiempo la ciudad y la corte. No sabemos si en los ocho meses que el chambelan vivia retirado en el Tirol, sintió ó no la precipitacion con que se habia retirado de Viena, pero es positivo que su sobrina Carlota de Klepfel, huérfana á quien servia de padre, no dejaba pasar un solo día sin quejarse de la monotonía de aquella especie de vida.

La esperanza de ver llegar bien pronto á Fernando de Stirnitz, su prometido y pupilo de Mr. de Brisberg, como tambien el placer de abrazar á Wilhelmina, su hermana de leche y compañera de los juegos de su infancia, habian dado hasta entonces á la señorita de Klepfel valor para sufrir el fastidio que la abrumaba. No porque la joven y linda austriaca no conociese bastante bien lo bello para comprender y admirar el esplendor y magnificencia de una naturaleza tan ricamente variada como la que la rodeaba, ni por que su educacion no estuviese suficientemente completa para proporcionarle mil motivos de distraccion; pero como muchas mugeres, Carlota solo cultivaba las artes para aumentar con talentos adquiridos los brillantes resultados que la valian en los círculos aristocráticos de Viena, las gracias de su figura y de su talento. Por lo mismo la contemplacion de los paisajes mas románticos y las escursiones á los sitios mas agrestes, no tenian ningun atractivo para ella, si no cuando se hallaba rodeada de un séquito numeroso y escogido.

Por otra parte, el castillo de Brisberg, era como ya hemos dicho, una mansion un poco triste.

En el piso principal era donde habitaban con preferencia Mr. de Brisberg y la señorita de Klepfel. Ademas de que las habitaciones eran allí menos espaciales, se gozaba de una vista deliciosa, porque desde cada uno de los balcones se veia un punto diferente.



Situado en la meseta de uno de aquellos montes, que por decirlo así, van formando escalones hasta una altura inmensurable; el castillo de Brisberg no poseía



La partida de juego.

en su recinto mas jardin que un terreno de mediana estension, destinado enteramente, excepto algunos cuadros de cesped sombreados por arbolitos, al cultivo de hortalizas. Detrás de aquel palacio feudal habia unos peñascos pelados, de figuras estrañas, montañas con las vertientes cubiertas de yerba y las cimas coronadas de bosques, y en fin, picos cuyas nevadas puntas se perdian entre las nubes. Y si se dirigian las miradas hacia la parte anterior del edificio, se fijaban en el Rosenthal, (valle de las Rosas) llamado así por el gran número de rosales silvestres que allí crecen.

Una mañana de junio del año 1770, la señorita Klepfel, de pie junto al balcon del cuarto de su tio, que estaba abierto, tenia fija la vista en direccion del Rosenthal, conversando al mismo tiempo con el baron, que estaba casi echado en un ancho camapé de terciopelo encarnado.

—Sí, tio mio, decia Carlota, cuya voz naturalmente sonora tenia en aquel momento un acento argentino, que en las mugeres jóvenes, casi siempre es indicio de un vivo movimiento de alegria; si, tio mio, la resolucion que acabais de tomar es muy prudente, muy laudable, muy....

—Pero, interrumpió el baron, yo estoy muy distante de haber tomado la resolucion que tú crees, con respecto á ese viaje á Baden. He dicho únicamente que tal vez esas aguas que han curado sus reumatismos al conserjero Muller y al coronel Hartmaum, obrarian con eficacia contra estos insoportables dolores de gota, cuyos primeros ataques he sentido este invierno.

—Siguiendo esa idea, ¿cómo seria posible, tio mio, que titubeáseis todavia en ir á pasar uno ó dos meses en Baden?....

—Temo que se atribuya mi permanencia en una ciudad tan próxima á la de Viena, al deseo de escitar un recuerdo en S. M. la emperatriz, y de que me repusiese en mi antiguo empleo (1).

—¿Y si eso sucediese, os vendria mal?.... preguntó Carlota.

Sea que el ex-chambelan, que en punto á su retirada de la corte no era sincero, ni con los demas ni consigo mismo, sea que preocupado con sus recuerdos

no fijase la atencion en la maliciosa insinuacion de su sobrina, no supo qué replicar, y preguntó á la señorita Klepfel qué era lo que la detenia tanto tiempo al balcon.

nunciar á ella voluntariamente..... en cuanto á su prometida es harto constante en sus sentimientos para faltar á los compromisos que ha contraido con ella. Además la tomo bajo mi proteccion y velaré por ella.

Al oír aquella conclusion de su sobrina, el baron no pudo contener una sonrisa sarcástica.

—Me parece, dijo en voz baja, que si entre esas dos jóvenes hay alguna capaz de dirigir á la otra, no puede ser seguramente Carlota.

Esta última no vió la sonrisa de su tio, ni oyó su observacion; con todo el cuerpo inclinado sobre el balcon, arrojaba un papel en que acababa de escribir unas lineas con lápiz, á una criada que salia del castillo para llenar un cántaro de agua en la fuente del valle de las rosas.

—Vé y entrega eso de mi parte á Wilhelmina, dijo la señorita de Klepfel á la joven tiroleza.

Esta contestó á su ama con un signo afirmativo de cabeza, y despues de recoger el billete que habia caido á sus pies, bajó corriendo con el cántaro en la mano por el camino que, con una pendiente bastante rápida, conducia á la carretera. Mas cuando llegó á un sitio en donde muchos senderos se unian con el camino del castillo, la joven aldeana se detuvo, y Carlota que la seguia con la vista distinguió á un caballero, que la espesura de las hayas, por entre las cuales caminaba, no le habian permitido ver hasta entones. El viajero habló algunos instantes con la criada, y despues ambos continuaron la marcha; la tiroleza siguió el sendero del valle, y el extranjero continuó subiendo la cuesta que conduce al palacio.

—Tio mio, gritó Carlota, viene un huésped; ¿si sera Fernando?... Desgraciadamente el sol me da en este momento en los ojos de modo que me es imposible distinguir sus facciones.... Por esta razon y porque viene á caballo no puedo conocerle.

—Veamos si soy mas hábil que tú, dijo el baron levantándose: y sosteniéndose en un baston llegó al balcon.

—Segun la última carta que nos ha escrito desde Berlin, continuó el baron, no esperaba ver á mi querido Fernando, hasta pasados quince dias.

—¿Segun eso no es él?... dijo la señorita de Klepfel con una voz cuya espresion de pesar estaba templada por la de una viva curiosidad.

El extranjero, que entones se hallaba bastante cerca del castillo para que pudieran analizar su persona, era un joven de veinte y cinco años próximamente que se mantenía con firmeza en la silla, y que se apresuró á saludar á la señorita de Klepfel y su tio en cuanto los vió al balcon. Entones, mientras Mr. de Brisberg se sentaba en un sillón muy cómodo junto á un bufete, la coqueta joven corrió á mirarse en un espejo de marco y pie de ébano, que estaba colocado en un ángulo de la habitacion.

—Mi vestido está en verdad muy descuidado para presentarme delante de un extranjero, decia para sí... ¿y mi peinado?... no estaria quizá del todo mal si tuviese un poco mas de polvos.

Al punto la joven entró por una puertecilla que daba á un corredor. Casi al mismo tiempo el ayuda de cámara de Mr. de Brisberg, se presentó anunciando que el señor conde Zaporini pedia el permiso de ofrecerle sus respetos.



El baron de Brisberg y el conde Zaporini.

—Tio mio, es que estoy impaciente por ver llegar á Wilhelmina. Por lo regular me trae á estas horas el ramillete de rosas, y la cestita de fresas que coge para mi todas las mañanas.

—¿Cuán bondadosa es Wilhelmina!.... contestó el baron: conservándote el respeto debido á una noble señorita, te quiere como si fueses su propia hermana.

—Y estoy segura, añadió la señorita de Klepfel, que cuando la diga, mi querida Wilhelmina, te pido como un señalado servicio que me acompañes á Baden....

—¿Cómo? ¿cómo?... exclamó Monsieur de Brisberg.

—Sin duda, contestó Carlota; ninguna de las jóvenes tirolezas que han reemplazado á esa ingrata doncella, que nos hemos visto obligados á volver á enviar á Viena, porque suponía que no podia soportar el aire de las montañas, se encontraría en disposicion de vestirme y peinarme, como conviene á una señora de alto rango.... Wilhelmina tiene habilidad, es inteligente y nos profesa un singular afecto.

—Pero hija mia, objetó el baron, olvidas que tu hermana de leche no es ahora libre de disponer de su persona á su antojo.... ¿No debe casarse la semana próxima con Dieterich, el famoso cazador de gamuzas?....

—Pues bien, Dieterich esperará un poco: contestó la señorita de Klepfel, cuya bondad de corazon y generosidad de carácter oscurecian algunas veces esos movimientos de egoismo por desgracia harto frecuentes en los favorecidos por el mundo y la fortuna.

—Y si esa ausencia produgese un rompimiento entre los dos prometidos esposos?... dijo Mr. de Brisberg.

—¿Por qué pensais así, tio mio?... Wilhelmina es muy superior en todos conceptos á las demas jóvenes de Rosenthal, y Dieterich la ama demasiado para re-

—¿El conde Zaporini?... repitió el baron: todos los que llevan ese nombre ilustre, no pueden dejar de ser bien recibidos en mi casa. Conducid aquí al conde, y

(1) Se comprende que tratamos aquí de Baden, situada á corta distancia de la capital de Austria por la parte del Sur, y no de la ciudad de Baden, situada en el ducado de su nombre.



rogadle el que me dispense no salga á su encuentro... esta maldita gota me clava en mi sillón... ¡Es extraño! decía Mr. de Brisberg hablando entre sí, mientras su ayuda de cámara iba á transmitir la cortés respuesta al joven extranjero, ¡es extraño!... ¡yo creía que la familia Zaporini se había extinguido ya hacia muchos años!...

## II.

## EL VALLE DE LAS ROSAS.

La criada tirolesa, después de dar al caballero las noticias que la había pedido acerca de los propietarios del castillo de Brisberg, bajó con prontitud al valle.

Nada mas delicioso que el aspecto del Rosenthal en aquella época del año, y el viajero que penetraba en el después de haber andado errante por las estériles rocas de que se hallaba rodeado el valle, debía concebirse muy dichoso de poder fijar su cansada vista en el verdor matizado de blanco del lúpulo entonces en flor, ó sobre el mas brillante de las anchas y lustrosas hojas del maíz, cuyos granos comenzaban á ponerse dorados. Acá y allá, grupos de árboles protegían con su sombra los jardinitos de las rústicas habitaciones, esparcidas por en medio del valle, ó agrupadas al pie de las montañas. Las amarillentas paredes de aquellas chozas construidas todas con una especie de gréda particular de aquel país, desaparecía á la vista bajo el entapizado de las parras que las adornaban. Sobre el tejado de algunas de aquellas cabañas caían graciosamente las flexibles ramas de la retama que crecía en las hendiduras de los peñascos, como la hiniesta y otras plantas. Por varias partes se precipitaban torrentes formando cascadas transparentes y espumosas, que después corrían por el valle y le surcaban en todas direcciones.

Este valle encantador, poseía una fuente alimentada siempre por un manantial, á la cual acudían á proveerse de agua para beber, no solo del castillo de Brisberg, sino también de las aldeas inmediatas. Aunque aquel manantial no estaba lejos de la casa de Wilhelmina, la joven criada, que después de un momento de indecisión, había tomado el partido de ir primero por agua á la fuente, quedó muy satisfecha, cuando al llegar encontró allí á la hermana de leche de la señorita de Klepfel, á la que entregó el billete que la había encargado su ama.

En cuanto leyó las pocas palabras escritas en aquel papel, Wilhelmina se puso en la cabeza el cántaro que acababa de llenar de agua, y antes de alejarse, dijo á la joven que tenía curiosidad por saber que decía aquel papel, que hubiera cometido tal vez la indiscreción de leer, si hubiese sido tan sabia como la novia del cazador Dieterich.

—Dirás á la señorita que dentro de media hora estará en el castillo.

Wilhelmina era una joven de diez y ocho años, hermosa, cuyo esbelto y bien proporcionado talle se delineaba ventajosamente por debajo de una cotilla de terciopelo negro, adaptado á un jubón de tela de algodón de color claro. En vez de recoger las trenzas de sus hermosos cabellos en una cofia de tela negra con un galon de oro ó de plata, ó con un gorrito de algodón con guarniciones, como hacen las montañesas del Tirol, las mugeres del Rosenthal, á imitación de las suizas, sus vecinas, dejaban colgar hasta los talones sus cabellos, y cuando salían de su casa, se contentaban con ponerse en la cabeza su sombrerillo de paja, de forma redonda, sin cintas ni adornos de ninguna clase.



Wilhelmina.

Las facciones regulares de Wilhelmina, tenían ese carácter de resolución que adquiere ordinariamente la fisonomía de hombres y mugeres, cuyo entendimiento y cuerpo son igualmente vigorosos. Esa energía moral y física de que se hallan dotadas algunas organizaciones casi desde su nacimiento, se desarrolla y fortifica cuan-

to mayor es la frecuencia con que se ejercita: así, pues, debe ser patrimonio de los habitantes de aquellas comarcas, que á cada paso, á cada instante se ven en inminente riesgo de ser pulverizados por un pedazo de peñasco, ó mortalmente heridos por una de esas enormes masas de hielo, que desprendiéndose de su sitio ruedan por el valle, ó sepultados vivos en un ventisquero.

Aunque Wilhelmina tenía ya catorce años cuando dejó la capital de Austria para ir á casa de su abuela, que deseaba fuese á cuidarla, con gran pesar de Carlota, que la miraba mas bien como una amiga que como una criada, la joven tirolesa, cuya memoria no había podido, sin embargo, conservar ningún recuerdo de su país, pues apenas había nacido, entró su madre á servir á la difunta señora de Klepfel. La joven tirolesa, decimos, había cobrado tanta afición al valle de las Rosas que después de morir su abuela se negó firme y obstinadamente á volver á Viena. Con todo, era sinceramente adicta á la señorita de Klepfel... pero su primo Dieterich, el intrépido cazador de cabras monteses, la amaba con tanta ternura ó por mejor, decir, con tanto delirio, que hubiera caído malo de pesar y de celos, si Wilhelmina dejase de nuevo al Rosenthal.

Huérfanos ambos jóvenes, no debían casarse hasta que Dieterich cumpliera veinte y dos años y Wilhelmina diez y nueve. Así lo había decidido su abuela, y en los países donde reinan las costumbres patriarcales, las voluntades de los ascendientes, aun después de muertos, tienen mucha fuerza para los hijos. Sin embargo, la época fijada para el enlace de los primos se aproximaba ya: el cura de la parroquia tenía en su poder las dispensas necesarias para el matrimonio, y esperando aquel venturoso día, el cazador tirolés, que vivía en un collado de una de las montañas cubiertas de matorrales que rodean el Rosenthal, iba todas las mañanas á pasar algunos instantes al lado de su prometida.

Para no dar á Dieterich el disgusto de no encontrarla ocupada en coser guantes de piel de gamuza sentada á su puerta, á la hora de su entrevista cotidiana, no acompañó Wilhelmina inmediatamente á la criada montañesa.

Trasladémonos ahora otra vez á la estancia del baron, que sentado siempre en su sillón, con su pie delicado puesto sobre un almohadon, y una carta abierta en la mano, dirigía con tono de interés y de benevolencia las siguientes palabras al conde Zaporini, cuyos modales tímidos y ademan respetuosos agradaban extraordinariamente al ex-chambelan de la emperatriz Maria Teresa.

## III.

## EL CONDE ZAPORINI.

—De ese modo, caballero, vos sois el único vástago de esa ilustre familia veneciana, que yo creía extinguida desde la muerte del conde Fabricio Zaporini, padre de vuestro tío, según parece. Hacia el fin de su vida se había fijado en su palacio de Kastanowitz, en Croacia, país mucho mas agreste que el Tirol, en donde me recibí magníficamente hace veinte años, cuando iba á Constantinopla á reunirme con nuestro embajador, de quien era secretario. Me habían dicho que el conde Fabricio no había dejado heredero de su nombre, y que su herencia se había dividido en varios legados hechos por él á parientes poco acomodados de la difunta condesa, su esposa, á criados antiguos, y á monasterios.... Así es, que estaba muy lejos de esperar el tener el honor de ofrecer á mi vez hospitalidad á un Zaporini.

El extranjero escuchó en silencio aquella alocución del baron, limitándose á inclinarse á cada frase lisonjera para el título que llevaba.

Apenas fué introducido el conde á presencia de Mr. de Brisberg, se apresuró á sacar de una cartera de baqueta de Rusia una carta abierta con el sobre para el conde Fabricio Zaporini en su palacio de Kastanowitz.

—¿Conoceis la letra y firma de esta carta?... preguntó el conde al entregársela abierta al baron. Este leyó con suma complacencia la larga misiva llena de expresiones de gratitud y de adhesión que recordaba haber dirigido al noble veneciano en cuanto llegó á Constantinopla, y que miraba, con razón ó sin ella, como un modelo de estilo epistolar.

—Si no queréis sentaros, mi querido conde, respondió Mr. de Brisberg, me obligareis á levantarme á pesar de los agudos dolores que siento, y á mantenerme también en pie.

El joven se sentó, después de apartar maquinalmente ó de intento su sillón de modo que no se encontrase exactamente en la misma línea que el baron, cuyos movimientos de fisonomía parecía espiar con escudriñadora atención.

—¿Puedo acaso esperar, dijo el conde después de

contestar con mucha deferencia á las preguntas que le había dirigido el baron, puedo esperar que en consideración á la amistad que profesábais á mi tío, me deis algunas cartas de recomendación, por medio de las cuales consiga ser admitido sin dificultad en la alta sociedad de Viena, muy exigente, según dicen, en el capítulo de cuarteles de nobleza?...

—En este punto no teneis que temer, mi joven amigo, respondió Mr. de Brisberg. He visto en el palacio de Kastanowitz el árbol genealógico de vuestra casa....



Wilhelmina rehusando el oro de Ridler.

Me le enseñó el mayordomo de vuestro señor tío, que según creo se llamaba Ridler, y tenía un niño de seis años, muy vivo y travieso. Habiéis conservado esa gente en vuestro servicio?... añadió el baron volviéndose hacia el joven conde cuya frente se sonrosó repentinamente.

Con voz un poco débil contestó:

—Mr. Ridler murió pocos meses antes que su amo.

—¿Y el hijo que se ha hecho?

—¿El hijo?... repitió el extranjero, llevándose la mano á la frente.

—¿Os hallais indispuerto?... exclamó el baron tocando la campanilla de plata que tenía sobre la mesa.

—No es nada, señor baron, me ha dado un vahido. Me he estraviado en vuestras montañas, y el sol á que he estado espuesto toda la mañana, me ha producido un fuerte dolor de cabeza.... Ahora ya se ha pasado.

—Mauricio, dijo Mr. de Brisberg al criado que acudió al llamamiento de la campanilla, traed refrescos, y haced que preparen una habitación para el señor conde.

—Señor baron, se apresuró á decir el joven viajero, os doy infinitas gracias, pero pienso ponerme inmediatamente en camino para Inspruck, en donde tengo que cobrar algunos fondos en casa de un banquero. Desde aquella ciudad marcharé en seguida á Viena.

—Mi querido Zaporini, no nos dejareis tan pronto.... yo permanecí ocho días en casa de vuestro excelente tío... además es necesario que me deis tiempo para escribir las cartas de recomendación que me pedis, aun que seguramente con tan ilustre nombre no las necesitáis.

En este momento se presentó Carlota, cuyo elegante atavío armonizaba con su figura mas fina que regular. La impaciencia que la había causado el retraso inusitado de Wilhelmina que no llegaba, y sobre todo, la poca habilidad de sus doncellas sin experiencia, daba á sus ojos una expresión mas animada, y á sus mejillas un colorido mas vivo, que aumentaban sus gracias. Hizo al joven extranjero, que su tío la presentó, los honores de la refacción que acababan de servir. Si el conde Zaporini quedó encantado de su recibimiento, ella por su parte pareció tan satisfecha como lo había quedado su tío de la timidez de aquel joven, que algunos críticos hubieran tachado de torpeza. Pero el embarazo que visiblemente espermentaba en presencia de Mr. de Brisberg y de la señorita de Klepfel, fué atribuido por la sobrina al efecto que producía su belleza en el conde, y por el tío, á la impresión que causaba á aquel señor, que tal vez había vivido hasta entonces retirado en el centro de la Croacia, el aire á un tiempo mismo imponente, afable y cortés, de un hombre que había pasado toda su vida en el gran mundo.

Cuatro días permaneció el conde Zaporini en el castillo, al cabo de los cuales se despidió de sus huéspedes, y veinte y cuatro horas después partieron estos



para Baden llevándose consigo á Wilhelmina. Su permanencia en los baños no debía ser mas que de tres semanas.

## IV.

## RESIDENCIA EN BADEN.

Cerca de un mes habia trascurrido desde que la hermana de leche de la señorita Klepfel desempeñaba á su lado el empleo de doncella.

—¿Cuándo regresaremos al Tirol?... preguntaba todos los dias la prometida de Dieterich á su señorita.

—Tal vez mañana, contestaba Carlota.

Sin embargo, llegaba el dia siguiente y no emprendian la marcha.

Rodeada de atenciones y homenajes, la hermosa y bulliciosa austriaca no trataba de abandonar aquella estancia de placeres, para ir á sepultarse nuevamente en la antigua morada de su tío. Lejos de eso esperaba secretamente no salir de Baden sino para presentarse en la corte, y aquella esperanza no carecia enteramente de fundamento. El baron de Brisberg habia encontrado en Baden al consejero Muller y al coronel Hartmaun, quienes le aseguraban le seria fácil recobrar el favor de su soberana, y el ex-chambelan se dejó persuadir tan bien por sus amigos, que un dia se decidió á acompañar al coronel á Viena, que regresaba á ella, dejando entretanto á su sobrina en Baden, confiada á la esposa del consejero.

Ya hacia una semana que se sucedian las fiestas sin interrupcion, y la señorita Klepfel pasaba los dias en inventar y probarse nuevos adornos.

—Wilhelmina, decia un dia á la jóven tirolesa, ocupada en guarnecer de perlas un traje á la polaca, ¿no te causan alguna vez envidia ni te dan que pensar los placeres que me ves gozar?...

—No, señorita: no pienso mas que en nuestras montañas.

—Y en Dieterich, añadió Carlota riéndose.

—¿No pensais tambien con frecuencia, señorita, en vuestro jóven prometido Mr. de Stirnitz?...

—¡Ah, no me hables ya de él, Wilhelmina; es un ingrato y quizá un infiel!... mi tío le escribió antes de dejar el Tirol, y todavia no hemos recibido contestacion.

—Vuestra carta ó la suya han podido estraviarse, observó con dulzura Wilhelmina.

Sin embargo, Carlota continuó con lijereza.

—Si es inconstante, me consolaré mas pronto de lo que cree... es un hombre encantador... pero ese señor veneciano que ha recibido hospitalidad en casa de mi tío, y que en este momento debe estar en Viena, posee una fortuna y un título, que seguramente pueden rivalizar con la familia de Stirnitz.

—A propósito, señorita, antes de ayer tuve un encuentro muy extraño... me hallé frente á frente con un hombre de cincuenta años por lo menos, porque tenia la cara arrugada aunque todavia bastante colorada, y sus espesas cejas me parecieron tan canosas como su cabello que le caia hasta los hombros formando melenas...

—¿Y bien?... dijo con un poco de impaciencia Carlota.

—Pues bien, señorita, ese hombre tenia tanta semejanza con el conde Zaporini...

—Solo que este último tiene á lo sumo veinte y seis años, su cabello es de un negro de azabache, su tez de un blanco mate, dijo la señorita Klepfel. Pero fué interrumpida por la señora de Muller, que iba á buscarla para hacer con ella algunas visitas.

—Como puede la señorita comparar á ese conde Zaporini, en quien yo encuentro una fisonomia harto vulgar, con el caballero Fernando de Stirnitz, cuyo rostro era tan noble y expresivo... dijo Wilhelmina despues de haber salido su ama.

Luego bajó al patio de la casa, y se paseó por él durante un cuarto de hora pensando en Dieterich. De repente hirió sus oidos el sonido de dos voces que hablaban de este modo.

—Caballero de Stirnitz, me debeis una partida de agedrez por la que jugamos juntos en Praga el año pasado.

—Estoy á vuestra disposicion, caballero Ridler, aunque no tengo mucho tiempo disponible. He llegado hoy al medio dia, y vuelvo á salir esta noche para el castillo de Brisberg... Hace ya mucho tiempo que no he recibido noticias del baron, mi tutor, ni de su sobrina, Wilhelmina reconoció en la persona de Mr. Ridler, el mismo individuo cuya semejanza con el conde Zaporini la habia parecido tan extraña. Los dos hombres, que ni uno ni otro habian visto á la jóven, entraron entonces en la fonda, subieron la escalera principal, y Wilhelmina que los siguió, los vió establecerse en una pieza de juego, próxima al salon del establecimiento.

—Ese Mr. Ridler tiene muy mala traza... apostaria á que es un jugador de profesion... un petardista tal vez... pensó la jóven tirolesa.

Cuando volvió Carlota, la dijo:

—Mr. de Stirnitz ha llegado: os cree todavia en el palacio de Brisberg, y se dispone á ir á buscaros: si quereis causarle una sorpresa, venid conmigo.

—¿Adonde quierdes conducirme? preguntó la señorita Klepfel.

Sin embargo, como en el fondo amaba á su prometido mucho mas de lo que ella misma creia, y tenia una satisfaccion en saber que no habia sino ingrato ni inconstante, siguió sin hacer objecion alguna, á su hermana de leche. Esta atravesó un corredor, bajó la escalera, y abrió la puerta de una habitacion en donde habia dos hombres sentados junto á una mesa cubierta de monedas de oro. Ya no jugaban al agedrez, sino tenían naipes en la mano... Mr. Ridler los dejó caer al

suelo al ver abrir la puerta... pero Wilhelmina los cogió con presteza, y se puso á examinarlos.

—Han sido preparados de antemano por un entendido jugador, murmuró, pero de una manera que Mr. Ridler no la oyese. El la lanzó una mirada amenazadora, intimándola el silencio con un gesto significativo: la maliciosa espresion de la fisonomia de Wilhelmina, no debió tranquilizarle en punto á su discreccion.

—¡Caballero de Stirnitz!... exclamó durante este tiempo la señorita Klepfel... ¡Fernando!... volvió á repetir porque su prometido no la contestaba... no la habia oido. Sus facciones estaban demudadas, y brillaban en su frente algunas gotas de sudor.

—Vamos, decia á su adversario, dadme mi revancha, doblemos la partida... y si la ganais, os portenecerá mi posesion de Niesberg... vale veinte mil ducados. A Niesberg era á donde debia llevar á mi amada Carlota despues de nuestro enlace; continuó Fernando con el tono de la mas sombría tristeza. Pues bien, añadió, con una sonrisa amarga, vos la hareis los honores; ¿no es así caballero Ridler?...

Seguramente, el juicio de Mr. de Stirnitz se estraviaba... ni aun veia á Carlota, aunque esta le suplicaba de rodillas que dejase el juego.

—Debeis mandar preparar festejos, lo cual entendeis sin duda, continuó el jóven dirigiéndose siempre á su adversario: en Praga se decia que érais hijo de un mayordomo de una casa grande.

Al oír estas últimas palabras, Mr. Ridler se levantó.

—Caballero, dijo con mucho aplomo, padeceis el delirio de la fiebre, los quinientos ducados que están sobre esa mesa me pertenecen ahora, es verdad; pero olvidais que en nuestra última partida acabais de ganar la suma que antes perdisteis bajo vuestra palabra.

Esta mentira, sugerida sin duda á Mr. Ridler, por el temor de ver descubiertas sus supercherias y estafas, produjo un efecto maravilloso sobre la imaginacion delirante de Mr. de Stirnitz.

—He tenido una pesadilla, dijo pasándose la mano por los ojos.

Hasta entonces no conoció á la señorita Klepfel.

Aquel mismo dia, al anoecer, un jóven entró furtivamente en un cuartito contiguo á la habitacion de la señorita de Klepfel, en donde Wilhelmina pasaba ordinariamente las veladas trabajando, mientras Carlota iba con la consejera á la tertulia.

—Señorita, dijo el extranjero á media voz, yo soy el conde Zaporini; probablemente no me conocéis... pero yo, aunque no os he visto mas que una vez, un instante, no he podido olvidaros. Parto esta noche á París... Consentid en seguirme: me hareis el mas dichoso de los hombres, y os asegurareis un porvenir brillante. ¿Veis este oro?... pues es nada en comparacion de las riquezas con que os colmaré mas adelante.

Y el extranjero esparcia sobre la mesa, á vista de Wilhelmina, que no le contestó al pronto mas que con un movimiento de indignacion, el contenido de un saquito que llevaba; pero serenándose de repente la jóven, preguntó:

—¿Cuántos ducados hay?...

—Quinientos.

—Los acepto, replicó con resolucion la maliciosa tirolesa; los acepto para entregárselos á Mr. de Stirnitz... precisamente esa es la suma que le habeis estafado al juego con el nombre de Mr. Ridler...

—Me llamo el conde Zaporini, dijo el jóven.

—Si, algunas veces tomais ese nombre para engañar, mas no por eso dejais de ser el hijo de un mayordomo de la casa de un título.

—Al oír aquella asercion de Wilhelmina, el aventurero que se llamaba realmente Ridler, pero que no usaba aquel nombre, sino cuando se disfrazaba de viejo, fué acometido de un acceso de rabia.

—¡Callad, gritó, asiendo del brazo á la jóven, callad ó de lo contrario haré que os arrepintais.

No concluyó la frase. Se abrió la puerta que el habia cerrado al entrar, y Dieterich se precipitó en la habitacion diciendo.

—Wilhelmina mia, vengo á buscarte, porque ya no puedo vivir separado de ti.

Ridler se escabulló al momento, pero no sin que el tirolés le viese y conociese.

—¿Qué hacia aquí ese conde veneciano?... preguntó con aire sombrío. —¿Qué... añadió con vehemencia sin dejar á Wilhelmina tiempo para contestarle, te traia oro... y tú le has aceptado!... ¿Así cumples tus juramentos?... todo ha concluido entre nosotros... no me volverás á ver.

Y sordo á la voz de la jóven que le suplicaba la escuchase, desapareció.

## V.

## EL REGRESO AL PAIS.

Un dia del mes de agosto de aquel mismo año de 1770, Wilhelmina estaba sentada á la puerta de su cabaña, á donde habia vuelto á pesar de las instancias que Carlota la hiciera para que permaneciese á su lado. El baron de Brisberg, repuesto en su destino de chambelan, habia regresado á Viena con su sobrina, que debia casarse muy pronto con el baron de Stirnitz, quien la habia jurado que jamás volveria á sentarse á tapete verde.

El tiempo estaba magnifico. Todos los habitantes del Rosenthal, habian acudido á una aldea inmediata, en donde se celebraba la fiesta de su santo patrono. Solo Wilhelmina se obstinó en no ir: su tristeza era demasiado profunda para que pudiese sufrir ninguna

distraccion. La habia sido imposible averiguar el paradero de Dieterich, desde la noche de su inesperada aparicion en Baden.

De repente se oyó á lo lejos un crugido, al cual sucedió un ruido sordo y prolongado.

—¡Wilhelmina! ¡Wilhelmina!... sálvate, gritaron unos niños que habia agrupados sobre una roca elevada.

Wilhelmina se levantó y comenzó á correr al azar por el valle buscando inútilmente con la vista en derredor suyo, la causa de aquel aviso. Mas apenas habia dado algunos pasos, cuando dos brazos robustos la detuvieron.

—¿Bendito sea Dios?... ¿aun llegó á tiempo?... exclamó una voz varonil y vibrante.

—¡Dieterich!... gritó Wilhelmina.

El cazador de gamuzas, era el que efectivamente habia detenido á la jóven, y que tomándola en brazos, la llevaba en direccion opuesta á la que ella queria seguir. Trepó por un peñasco casi inaccesible, en cuya cima se detuvo jadeando. Desde allí, los dos jóvenes vieron rodar rápidamente enormes masas de hielo que desprendidas del Oetzthal, cubrieron bien pronto el valle de las Rosas.

—Ya no tienes otro asilo que mi pobre cabaña, dijo Dieterich á su prima.

—Ese asilo no puedo aceptarle ahora, contestó Wilhelmina.

—¡Ah!... habia esperado que me concederías mi perdon, dijo el cazador desalentado.

—¿No me crees ya culpable?... preguntó la jóven.

—Lo sé todo, la replicó el cazador.

En seguida refirió á su prometida, como despues de haber andado errante por el campo como un loco durante un mes, fué á Viena con ánimo de sentar plaza en el regimiento de tiroleses mandado por el coronel Hartmaun: mas habiendo encontrado al baron á su llegada á la capital, este le llevó á su palacio, en donde la señorita de Klepfel, despues de explicárselo todo, le dió un paquete sellado para Wilhelmina. Apresuróse á abrirle la jóven tirolesa, por que tenia curiosidad de saber qué era lo que la enviaba su querida ama... A una carta muy afectuosa de Carlota, iba unida la donacion de una alqueria situada no muy lejos del castillo de Brisberg... Era el regalo de boda de madama de Stirnitz, á su buena hermana de leche.

Nada turbó de allí en adelante la felicidad de Wilhelmina. Dieterich ya no se manifestó feroz, descontento ni celoso... ¡era tan dichoso!...

## UNA INNOVACION.

Los periódicos literarios extranjeros de mas crédito, acostumbran insertar con frecuencia en sus columnas composiciones dramáticas ya inéditas, ó ya representadas en los teatros; en España son muy raros los ejemplos de esta costumbre y en verdad no atinamos la causa, puesto que un drama ó una comedia no es realmente otra cosa que una novela dialogada. Vamos, pues, á hacer un ensayo en la SEMANA con el drama de Alejandro Dumas titulado la *Juventud de los Mosqueteros*, traducido del francés por nuestro amigo y colaborador el señor don Francisco Sepúlveda, y si esta innovacion, cuyo verdadero objeto es introducir mas variedad, fuese del agrado de nuestros lectores, la repetiremos de vez en cuando, eligiendo siempre piezas que como esta no sean conocidas del público, y que como esta tambien tengan gran interés y no escaso mérito. Conviene advertir que el argumento del drama que anunciamos es en parte distinto de las novelas del mismo autor tituladas *Los tres Mosqueteros*, *Veinte años despues* y el *Vizconde de Bragelonne*, si bien son los mismos muchos de los personajes, y precisamente esta es la razon que nos ha decidido á darle la preferencia, porque siendo tan conocidas las novelas, y gozando con justicia de gran crédito; no podrá menos que leerse con gusto el drama por todos los que han leído aquellas aun cuando no fuese este por si como es recomendable.

## LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA.

## PROLOGO.

## EL PRESBITERIO.

## PERSONAJES.

El vizconde de la Fère.	Grimaud.
Jorge.	Carlota Backson.
Un desconocido.	Marta, criada.

Sala sencillamente alhajada.—Puertas al fondo y á la izquierda.—A la derecha una ventana.—Al costado una chimenea y en el centro una escalera que conduce al primer piso.

## ESCENA I.

GRIMAUD en actitud de esperar; CARLOTA bajando la escalera del fondo, y despues MARTA.

CARLOTA. Vamos, arreglad el equipage de modo que los mozos puedan llevarlo todo de una vez; ¿no os han dicho que hoy debiamos desocupar esta casa?



MARTA. Sí, señorita. (Desde la puerta del cuarto.)  
CARLOTA. ¡Ah! ¿Sois vos, señor Grimaud? (Viendo a Grimaud.)

GRIMAUD. Yo mismo. Traía una carta del señor vizconde: encontré la puerta abierta, y no queriendo llamar por miedo de incomodaros, entré y espero.

CARLOTA. El señor vizconde tiene la costumbre de pasar por delante del presbiterio cuando va de caza.... ¿cómo es que no he tenido el honor de verle esta mañana?....

GRIMAUD. Sin duda no habrá venido por prudencia....

CARLOTA. Por prudencia....

GRIMAUD. Si; el señor vizconde riñó ayer con su padre.

CARLOTA. ¡Con su padre! ¡él, tan respetuoso! ¿Y con qué motivo?

GRIMAUD. El anciano caballero quería que el señor vizconde se presentase a la señorita Luisa....

CARLOTA. ¡Ah!.... ¿esa bella huérfana que según cuentan es la heredera mas rica de este país?

GRIMAUD. Justamente.

CARLOTA. ¿Y bien?....

GRIMAUD. Ya podeis figuraros. El señor vizconde se ha negado a dicha visita bajo pretexto de que no tiene vocación al matrimonio.... De manera que no yendo a ver a la señorita Luisa.... y viniendo aquí todos los días....

CARLOTA. Bien, bien... gracias, Grimaud; veamos lo que dice el vizconde. (Grimaud se retira: Carlota lee.) «Señorita: el nuevo sacerdote que ha de reemplazar a vuestro hermano, cuya dilatada ausencia hace creer que ha renunciado a su curato de Vitray, debe llegar hoy al castillo.» ¿Hoy llega el nuevo cura a Vitray?

GRIMAUD. Ya sabeis que hace seis meses que se marchó vuestro hermano.... y esto es demasiado para buenos cristianos.... ¡seis meses sin decir misa, señorita!....

CARLOTA. (Continuando.) «Pero como debeis tener afición a esa casa, que habeis habitado en compañía de vuestro hermano, os la cedo de buena voluntad y el nuevo párroco ocupará un pabellón del castillo. Permaneced, pues, en vuestra casa sin inquietud ni remordimiento, en tanto que yo quedo como siempre a vuestras órdenes, apasionado y leal servidor. El vizconde de la Fère.»

GRIMAUD. ¿Teneis alguna respuesta que dar me, señorita?

CARLOTA. Supongo que no pasará el día sin que vea al señor vizconde.

GRIMAUD. ¡Oh! Creo que no.

CARLOTA. En ese caso yo misma le daré las gracias. (Grimaud sale por el fondo.)

## ESCENA II.

CARLOTA, sola.

Ya era tiempo.... Si me hubiese obligado a dejar esta casa a mí que no puedo pagar un nuevo alquiler, ni aumentar mis gastos, antes de un mes me hubiera quedado sin recursos. Ahora esta casa me pertenece [pobre dominio en verdad!.... pero para mí no deja de ser como el atrio del castillo que está mas allá. ¡El Castillo!.... Hace mas de trescientos años que pertenece a la nobleza.... y es bien cruel por cierto el haber colocado la ventana de esta pobre morada, en frente de tan hermoso palacio.... Sin embargo, hay un proverbio que dice: ver es tener.... ¡Oh! ¡proverbio falaz!.... Marta, deja otra vez el equipaje en su puesto: ya no nos vamos.

MARTA. (Empaquetando algunas ropas). ¿Decis que no nos vamos?

CARLOTA. No.... Será posible que al volver de su cacería pase el vizconde por aquí y tenga necesidad de refrescar.... pon vino y algunas frutas sobre la mesa.

(La vieja obedece y coloca una jarra de barro y algunas frutas sobre la mesa.)

¡Ah! me parece que a través de los árboles diviso un caballero.... ¡Cómo se apresura!.... ¡cómo se precipita!.... Corre, corre.... El galope de tu caballo va acercando el presbiterio del condado a la cabaña del castillo.... Está bien: ya no te necesito, Marta.

## ESCENA III.

CARLOTA.—EL VIZCONDE.

VIZCONDE. Os he visto de lejos asomada a la ventana, Carlota: ¿por qué os retirais cuando yo me acerco?

CARLOTA. Ya lo veis, por saliros al encuentro.

VIZCONDE. ¿De veras? os lo agradezco. (Le besa la mano.)

CARLOTA. Hoy habeis tardado mucho en venir....

VIZCONDE. Ya os escribí esta mañana. No os ha entregado Grimaud una carta?

CARLOTA. Si por cierto.... sois muy bueno para mí, señor vizconde.... demasiado bueno.

VIZCONDE. ¿Demasiado bueno por haberos cedido una choza medio arruinada.... a vos que debierais habitar un palacio?

CARLOTA. ¡Oh! yo sé bien lo que me digo, y hablo con todo mi corazón, cuando afirmo que sois demasiado bueno, señor vizconde.... Os doy gracias por vuestro noble ofrecimiento; pero dispensadme si no puedo admitirlo.

VIZCONDE. ¿Qué no podeis admitirlo! ¿os avergonzarais acaso de aceptar esa bagatela de mi mano?

CARLOTA. ¡Oh!... de vuestra mano yo lo aceptaría todo; mas.... es preciso que deje este país, señor vizconde.... es preciso.... y debo hacerlo.

VIZCONDE. ¿Qué decis, Carlota?... explicaos, ¿por qué huir de este país? ¿por qué alejarnos de mí?

CARLOTA. Porque no es justo que una joven oscura, pobre y sin porvenir, sirva de obstáculo al brillante acrecentamiento de un caballero de vuestro nombre.

VIZCONDE. No os comprendo, Carlota.

CARLOTA. El conde vuestro padre, quiere casaros con la señorita Luisa, que es joven, hermosa y noble, y cuenta una inmensa fortuna.

VIZCONDE. Pero ya sabeis, Carlota, que me he negado a ello completamente.

CARLOTA. Si, lo sé; y por lo mismo no debo consentirlo: con mi marcha os evito el dolor de desobedecer a vuestro padre, y yo me ahorro los remordimientos eternos que me causaría la idea de haber destruido vuestro porvenir.

VIZCONDE. Escuchadme, señorita, os lo suplico. (Se aproxima a Carlota.) Ahora hace catorce meses que vos y vuestro hermano vinisteis a fijaros en este país. Era el año de 1620; yo había marchado con toda la nobleza, a formar parte del ejército que el rey Luis XIII destinaba al sitio de Angers contra la reina madre: cuando volví a mi castillo, despues de la paz firmada por el obispo de Luzon, oí hablar con interés de la union tan íntimamente tierna del hermano y de la hermana. (Movimiento de Carlota.) Union de pura abnegación por vuestra parte, porque el sacerdote, Jorge Backson, vuestro hermano, era de un humor sombrío y melancólico, amaba la soledad y os alejaba del mundo, donde vuestra juventud y vuestra hermosura os conquistaban un rango elevado.... sacrificio fraternal de vuestra parte.... porque, confesadlo, vos no habeis sido dichosa.

CARLOTA. ¡Oh! Si, ¡siempre!....

VIZCONDE. Entonces os vi... y os amé...

CARLOTA. (Levantándose y dando un paso atrás.) ¡Vizconde!....

VIZCONDE. Dejadme continuar: la mas honesta doncella, la joven mas inocente puede oír hasta el fin lo que me resta que deciros... Ya lo sabeis, durante cinco meses, vos y vuestro hermano no hicisteis mas que substraeros a mi vista... silencioso y severo, el sacerdote huía del castillo, donde mi padre y yo le llamábamos en vano... cruel y casi invisible, vos pareciais reconvienros, como de un crimen, de las miradas que vuestros ojos me dirigian por casualidad... y sin embargo, vos no podiais aborrecerme, porque aun no os habia dicho que os amase....

CARLOTA. ¡Caballero!

VIZCONDE. De repente cambió, por decirlo así, la escena de vuestra vida doméstica... una noche se oyó un ruido desacostumbrado en esta casa, por lo comun tan llena de calma y de misterio.... los habitantes de la aldea creyeron escuchar el galope de muchos caballos.... y al otro día vuestro hermano había desaparecido....

CARLOTA. ¡Oh! señor vizconde ¿creeríais?....

VIZCONDE. Yo no os pregunto nada, Carlota... tengo necesidad de deciros lo que os digo para llegar a la solución que desea mi alma... Entonces os encontrasteis sola, abandonada... me presenté en vuestra casa, porque os amaba mas despues de vuestra desgracia... vos os dignasteis recibirme... y creo que ya han pasado seis meses desde ese suceso... Pues bien, Carlota, decidme; ¿durante esos seis meses, he tocado yo una vez siquiera vuestra mano sin agradeceroslo como un favor? ¿Os he hablado una sola vez de mi pasión ardiente, sin buscar al mismo tiempo mi perdón en vuestros ojos? En fin, ¿os he preguntado nunca quien sois, de donde venis, y por qué ha desaparecido vuestro hermano?

CARLOTA. No, señor vizconde; vos habeis sido para mí lo que sois para todas las personas que os conocen, el caballero mas leal, mas noble y generoso del reino.

VIZCONDE. Gracias.... mas por eso mismo comprendereis que no es una vana curiosidad la que me obliga a deciros.... ¡Carlota Backson! habládme hoy con el corazón en la mano.... ¿podreis hacerlo?

CARLOTA. ¿Que es lo que he de decir?

VIZCONDE. Algunas palabras sobre vos, sobre vuestro hermano.... sobre vuestra familia.... una confianza de amigo, que si lo deseais, guardaré en el fondo de mi alma como un secreto sagrado.... ¿queréis darme ese gusto?... ó mas bien ¿podeis hacerlo?

CARLOTA. (Pasa al costado izquierdo y saca unos pergaminos de un armario.) En nombre de mi honor y de mi familia, ahí teneis los títulos que responden de mí... Leed, señor vizconde: ellos os probarán que Carlota Backson es de una sangre noble.... sino ilustre.... en cuanto a mi hermano.... sus secretos no me pertenecen.

VIZCONDE. Está bien, Carlota, no hablemos mas de vuestro hermano.... si volviésemos a verle....

CARLOTA. No, no volveremos a verle, señor vizconde.

VIZCONDE. (Leyendo.) «William Backson, noble caballero del condado de Galles.»

CARLOTA. ¡Mi padre!

VIZCONDE. «Ana de Bueil.» (Leyendo.)

CARLOTA. Mi madre.... el hijo primogénito del primer matrimonio, debía heredar la poca fortuna que teníamos.... mi hermano, el que habeis conocido, se consagró al estado eclesiástico y me llevó consigo... Hacía mucho tiempo que había perdido a mis padres....

VIZCONDE. Sí, vuestro padre en 1612.... vuestra madre en 1615.... ¡Pobre niña!

CARLOTA. Ahora ya lo sabeis todo, señor....

VIZCONDE. ¿Es decir que os encontráis sola, Carlota?

CARLOTA. Sola en el mundo.

VIZCONDE. ¿No hay nadie que tenga derechos sobre vos?

CARLOTA. Nadie.

VIZCONDE. ¿Vuestro corazón se encuentra libre?

CARLOTA. Creo haberos dicho que os amaba....

VIZCONDE. ¿Pero me lo repetireis con valor, con franqueza y lealtad?

CARLOTA. Señor vizconde.... ¡os amo!....

VIZCONDE. Carlota Backson.... ¿quieres ser mi muger?

CARLOTA. ¿Qué decis?

VIZCONDE. Una cosa muy sencilla amándonos ambos.

CARLOTA. ¿Pero y vuestro padre?

VIZCONDE. Escuchad, Carlota; tenemos que hacer un pequeño sacrificio y yo me atrevo a demandároslo con confianza: un casamiento público que no fuese conforme con sus deseos, llenaria de turbación los últimos días de mi padre.... vos no exigiréis ese crimen de mí, y aceptareis un matrimonio secreto.... ¿no es verdad?

CARLOTA. Disposed como gustéis de vuestra esclava, señor.

VIZCONDE. El día en que pueda llamarme conde de la Fère, vos sereis mi honorable condesa. Ya sabeis que mi pobre padre es viejo y sufre demasiado con sus achaques.... ¡Oh! no tendreis que esperar mucho tiempo, Carlota.

CARLOTA. ¡Oh!

VIZCONDE. Hasta que llegue ese día, viviremos dichosos en el silencio y la oscuridad.... escuchad: el nuevo párroco ha llegado esta mañana al castillo, es uno de mis compañeros de infancia; sabe el amor que os profeso y consiente en bendecir nuestra union.... Dentro de una hora la capilla estará preparada.... yo os entregaré mi mano y vos me dareis la vuestra.... me jurareis un amor eterno en nuestra modesta iglesia de aldea, y Dios aceptará quizás nuestros juramentos mejor que los que resuenan pronunciados por los reyes bajo la bóveda de suntuosas catedrales (le presenta su mano.)

CARLOTA. ¡Esposo mio! (Le entrega la suya.)

VIZCONDE. Aquí teneis vuestro regalo de boda, Carlota... los diamantes de mi madre, que me bendecirá por haberos escogido pura y noble como ella... Aceptadlos, querida Carlota... en cuanto a este zafiro (pie-dra de tristes pronósticos), es el anillo que la infeliz se quitó de su dedo cuando me dijo el último a Dios....

CARLOTA. (Tomándole el cofrecito.) Gracias... gracias, querido Olivier...

VIZCONDE. Dentro de una hora os espero en la capilla: la campana os dará la señal... venid a buscarme sola... venid como os encontráis... sin otro adorno que vuestra hermosura... Y a la vuelta, cuando haya saludado a mi padre, como acostumbro a hacerlo todas las noches... sobre el dintel de esta casa, que ha venido a ser para mí un verdadero palacio, el amante llegará a pedir que dejes entrar al esposo... Adios, mi querida Carlota, hasta dentro de una hora. (La besa la mano y sale.)

## ESCENA IV.

CARLOTA, sola. (Se sienta y abre el cofrecito.)

¡Condesa de la Fère en una hora! ¡es posible, Carlota!... Carlota, en tus ardientes sueños de ambición, habias pensado llegar a esto?... ¡Oh! bien decia yo para mi corazón que esta casa era para mí el atrio del castillo... Marta, trae una luz... Bien marcha... ¡Oh! en verdad que si no estuviese viendo estos diamantes, sino sintiese el círculo de oro de este zafiro, que oprime mi dedo, no podría creer lo que acaba de sucederme. (Examina el cintillo de diamantes.) ¡Oh! luminosas estrellas de la tierra, constelaciones que brillais en las frentes de las reinas, astros que os elevais sobre los esplendores del mundo, mi mano por tanto tiempo estendida llega a tocaros al fin. ¿Quién va?... (Un hombre se presenta en la puerta.) ¿Qué me queréis?

## ESCENA V.

CARLOTA.—UN DESCONOCIDO.

CARLOTA. ¿Quién sois, caballero? ¿Qué se os ofrece?

DESCONOCIDO. ¿Sois vos la señorita Carlota Backson?

CARLOTA. La misma.

DESCONOCIDO. ¿Estais sola?

CARLOTA. Ya lo veis.

DESCONOCIDO. ¿Podria pasar un cuarto de hora con vos, sin miedo de ser descubierto, un hombre que tiene cosas muy importantes que deciros?

CARLOTA. Sin duda alguna....

DESCONOCIDO. (Indicando la puerta de la izquierda del espectador.) Esa puerta cerrada con cerrojo, no conduce al aposento del que llamais vuestro hermano?

CARLOTA. Así es.

DESCONOCIDO. (Pasando a la izquierda y abriendo la puerta.) Entra, no temas nada, Jorge, yo velaré por fuera.



## ESCENA VI.

CARLOTA.—Jorge entrando. *Se quita el sombrero y la capa.*

JORGE. ¡Carlota! ¡hermosa mía!  
CARLOTA. ¡El! ¡el! ¡a quien no pensaba ver mas!  
JORGE. ¡Carlota!... ¿eres tú? respóndeme Carlota, ¿no me conoces?...  
CARLOTA. ¿Vos aquí?... *(Se sienta.)*  
JORGE. *(De rodillas.)* Si: te parece extraño, ¿no es verdad? es un prodigio inesperado; pero ¡oh! te encuentro mas bella que nunca.

CARLOTA. ¿Cómo es que habeis venido?  
JORGE. *(Levantándose.)* ¡Oh! no me preguntes nada, yo no sé nada.... todo lo he olvidado.... te veo.... te hablo.... te encuentro despues de haberte perdido durante seis meses.... ¡Oh! estos seis meses de tortura, de infierno, tú me los harás olvidar, ¿no es verdad, Carlota?

CARLOTA. ¡Pobre Jorge!  
JORGE. ¡Oh! no me tengas piedad; si me amas como me amabas, no hay en el mundo un hombre mas dichoso que yo.

CARLOTA. ¡Pobre Jorge!  
JORGE. ¿Qué quieres decir?  
CARLOTA. Que no podeis permanecer aquí; que estais perdido si llegan á veros.

JORGE. ¡Oh! no he venido por mucho tiempo; quiero verte y partir de nuevo.

CARLOTA. *(Con alegría.)* ¿Qué! ¿Volveis á partir?  
JORGE. Sí. Oye y serás dichosa. Soy libre, como ves... tengo dinero.... mil pesos españoles. Vamos á ganar la mar, nos embarcamos, y en cinco semanas llegamos á Quebec. Una vez allí, nadie vendrá á pedirnos cuenta de lo pasado; no tendremos ya que ocultarnos; no temeremos á nadie, y nuestra vida vuelve á empezar de nuevo. ¡Oh vida de ventura, de delicias, de amor! Tú eres fuerte, no te falta valor, partamos, pues.... ven, amor mio, sígueme....

CARLOTA. Imposible, Jorge.  
JORGE. ¿Qué dices?  
CARLOTA. Mil pesos fuertes son una miseria. Quebec es el destierro.

JORGE. ¡Mil pesos fuertes!... Eso es mas que suficiente para nosotros, y el destierro no existe cuando se ama.

CARLOTA. Dices bien: cuando se ama.  
JORGE. ¡Dios mio! Carlota ¿habriais dejado de amar-me?... ¿y vuestros juramentos?

CARLOTA. Han caido tantas desgracias sobre esos juramentos, Jorge, que me han recordado que eran impíos.

JORGE. Pero acordaos, Carlota, todo nos liga el uno al otro, nuestro amor, nuestras penas, nuestro crimen.

CARLOTA. Os engañais, Jorge, todo nos separa por el contrario: nosotros somos un remordimiento continuo el uno para el otro, y no debemos vernos jamás.

JORGE. ¡Carlota, en nombre de nuestro amor!...  
CARLOTA. *(Pasando por la mesa donde están los diamantes se sienta.)* Amor insensato y liviano de dos niños perdidos, abandonados de Dios y de los hombres. ¡Oh! sería tentar al cielo pensar en ese amor.

JORGE. Carlota... Carlota... *(mostrando el cofrecito)* ¿de quien son estos diamantes?

CARLOTA. Partid, Jorge... sois libre, yo soy dichosa en veros libre.... no me preguntéis mas.

JORGE. ¿Amai por ventura á otro hombre, Carlota?  
CARLOTA. Dentro de media hora me caso.  
JORGE. Entonces esos diamantes...  
CARLOTA. Son mi regalo de boda.

JORGE. ¿Vuestro futuro es rico, segun eso?  
CARLOTA. Rico y noble.  
JORGE. ¡Oh desdichado de mí! pero desdichado de él...! Su nombre....

CARLOTA. *(Se levanta y señala con la mano hacia el castillo.)* Se llama el conde de la Fére y vive en aquel castillo: podeis ir á encontrarlo y decírselo todo; pero habreis obrado como un cobarde.

JORGE. ¡Es posible, Dios mio!... ¡es Carlota la que me habla con esa terrible sangre fria, que me hiela hasta el fondo del corazón! ¡Es esa la voz de la joven hermosa que yo adoraba!...

CARLOTA. No, es la voz de la muger que ha sufrido.  
JORGE. *(Queriendo abrazar á Carlota.)* Carlota, quiero seguirme á ese rincon del mundo, donde nos espera la dicha... donde podré darte libremente el dulce nombre de esposo, en vez de mentir como aquí, que te llamo mi hermana?

CARLOTA. Si levantai la voz de ese modo, os oirán infaliblemente, Jorge y eso puede hacer las veces de una infame delacion.

JORGE. *(Tomandola una mano.)* ¡Oh! su mano está helada.... su corazón no late... vos no sois una muger, Carlota, sois una estatua de marmol... y teneis razon.... era una locura en mí el adorar á una estatua.

CARLOTA. Concluyamos, Jorge.... ¿qué resolveis?  
JORGE. Si, porque el tiempo va pasando, ¿no es verdad?

CARLOTA. Para vos, lo mismo que para mí.  
JORGE. ¡Oh! por lo que á mí toca, ya está tomada mi resolución... ya está fijado mi porvenir... No paseis pena por mí, Carlota. Sin embargo, ¡Dios mio! *(De rodillas.)* si ha quedado en vuestro corazón alguna débil centella de vuestro antiguo amor, nosotros somos jóvenes y aun podriamos ser felices...

CARLOTA. ¡Felices! podremos serlo cada uno por su lado; pero renidos jamás... *(Se oye la campana.)*

JORGE. ¿Qué quiere decir esto?  
CARLOTA. Es la campana que me llama á la capilla: decidid pronto de mi destino; Jorge, estoy en vuestras manos.

JORGE. Partid Carlota... sois libre....  
CARLOTA. Gracias, Jorge.

JORGE. A vuestra vuelta ya no me encontrareis aquí.... *(Caé en un sillón.)*

CARLOTA. Gracias.... adios Jorge. *(Le presenta la mano, Jorge retrocede.)*

JORGE. Id con Dios, señora condesa.

## ESCENA VII.

JORGE.—EL DESCONOCIDO.

JORGE. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!  
DESCONOCIDO. *(Entrando por el fondo.)* ¿Y bien, hermano mio?

JORGE. Tenias razon.... ¡Oh! Tá ya me lo pronosticaste.

DESCONOCIDO. ¿Ahora estás ya convencido de que esa muger no tiene alma?

JORGE. Si.  
DESCONOCIDO. ¿Y la desprecias como á la mas vil y abyecta de las criaturas?

JORGE. Si, la desprecio.  
DESCONOCIDO. Bien, recoge tu capa y tu sombrero: tenemos toda la noche para caminar, y mañana al romper el dia estás en salvo.

JORGE. ¡Oh! antes de mañana pienso estarlo, hermano mio.

DESCONOCIDO. ¿Qué quieres decir?  
JORGE. Que la desprecio.... pero la amo....

DESCONOCIDO. ¡Jorge!  
JORGE. La desprecio; pero no puedo vivir sin ella....

DESCONOCIDO. ¡Gran Dios!  
JORGE. La desprecio.... pero moriré.

DESCONOCIDO. ¡Morir!.... Eso es muy grave: ¿lo has pensado bien?

JORGE. ¡Oh! desde que vivo separado de ella no he pensado en otra cosa. Cuando estaba preso me decia á mí mismo: si me salvo, he de volver cerca de ella; ahora que estoy libre, ¡gracias á tí, hermano mio! me he dicho: La vida no vale nada sin ella, y en el dintel de su puerta, antes de penetrar en su casa he jurado que si no me amaba moriria.

DESCONOCIDO. El amor de una muger es una cosa bien frivola en la vida de un hombre, Jorge.

JORGE. El amor de una muger es una cosa frivola para aquel, que aparte de ese amor, tiene ventura, riquezas y porvenir.... Pero para aquel que vive pobre y deshonrado por la misma á quien amaba, el amor de una muger lo es todo.... Hermano, tú me conoces bien; estoy cansado de la vida, *(Se sienta al lado de la mesa)* de la vida que pesa sobre mí como una carga infamante.... Ya recordarás que cuando el tribunal pronunció la sentencia que me condenaba, hiciste pasar á mi calabozo una de tus pistolas.... entonces no tuve valor para servirme de ella.... dámela.... esta vez.... no quedará sin uso.

DESCONOCIDO. ¿Has pensado bien tu resolución?  
JORGE. Es inmutable.

DESCONOCIDO. *(Dándole una pistola.)* Toma, hermano.... y.... abrázame. *(Los dos hermanos se abrazan estrechamente: momento de silencio. Jorge se aleja al fin de la sala exclamando)*

JORGE. Adios, hermano mio.... *(Sale por la puerta del jardín.)*

DESCONOCIDO. Marcha, Jorge; y ahora esa muger sin corazón morirá como tú, ó vivirá deshonrada para siempre. *(Pone un hierro en el fuego y apaga la lámpara, despues se desliza á lo largo del muro, y cuando Carlota entra, cierra la puerta.)*

## ESCENA VIII.

CARLOTA.—EL DESCONOCIDO.

CARLOTA. *(Entra por el fondo y mira en torno suyo.)* ¡Ha partido!

DESCONOCIDO. Si, pero he quedado yo.  
CARLOTA. ¿Quién sois?

DESCONOCIDO. Ya lo sabreis.  
CARLOTA. ¡Oh! no os acerqueis.... ó llamo.

DESCONOCIDO. Silencio.  
CARLOTA. ¡Jorge! ¡Jorge!

DESCONOCIDO. ¡Ah! ¡ahora le llamais!

CARLOTA. ¿Dónde se ha ido?

DESCONOCIDO. Yo os lo diré; pero antes es preciso que sepais de donde viene.

CARLOTA. ¡Dios mio!

DESCONOCIDO. Jorge tenía un excelente y noble corazón; consagrado al estado eclesiástico hubiera cumplido exactamente con sus deberes, si el demonio, bajo la forma de una muger hermosa, no hubiese venido á tentarle....

CARLOTA. ¡Ah!

DESCONOCIDO. Cometida la primera falta era preciso sufrir sus consecuencias.... aquella union no podia durar mucho tiempo sin perderlos á ambos.... la joven consiguió de Jorge que abandonase el país; pero para dejar el país, para huir, para ganar otro punto de Francia, donde pudieran vivir tranquilos, era preciso dine-

ro y ninguno lo tenia.... el sacerdote robó los vasos sagrados, y los vendió....

CARLOTA. ¡Gran Dios!

DESCONOCIDO. Entonces pudieron huir, ganaron Berry y se sepultaron en una aldea; pero Dios estaba ofendido y velaba: su justicia era terrible y fué á castigar sobre el menos culpable.... Jorge fué reconocido, y le condujo á las prisiones de Bethune, y como allí todo sobre su persona toda la falta, como no quiso denunciar nunca el nombre de su cómplice, fué condenado solo á galeras y á la deshonra....

CARLOTA. ¡Condenado!

DESCONOCIDO. Pero habia una cosa terrible en esto, una cosa que vos ignorais, una cosa que Jorge os ha dicho jamás.... su hermano era el verdugo, el verdugo de Bethune, de la ciudad en que Jorge acababa de ser condenado; por consiguiente era el hermano el que debía marcar al hermano con un sello de infamia.... ¿no es verdad que ignorabais esta circunstancia?... el verdugo hizo entregar á Jorge sus pistolas para que diese la muerte; pero el pobre insensato quiso mas vivir y esperó... y vivió... pero vivió marcado.

CARLOTA. ¡Qué horror!

DESCONOCIDO. Desde entonces el hermano del pobre Jorge no tuvo mas que una idea; pero una vez libre en vez de huir, quiso volver á ver á la que amaba, á la muger que le habia perdido.... Venia á ofrecerla toda su vida, como la habia dado todo su honor.... ella se negó á recibirla.... ella iba á casarse con otro....

CARLOTA. Bien... ¿y despues?

DESCONOCIDO. Insensato, loco y desesperado, Jorge tomó de la cintura de su hermano una de las pistolas que ya conocia por haberla recibido en su calabozo, huyó... pero el hermano ha quedado, porque habia hecho un juramento.

CARLOTA. Hablad... ¿qué juramento?

DESCONOCIDO. Habia jurado que el crimen tendría su espacion; que el verdadero culpable seria castigado; que la cómplice de Jorge, la muger sin corazón, moriría como él, ó seria marcada como él.

CARLOTA. Pero él no ha muerto... *(Se oye un portetazo.)*

DESCONOCIDO. ¿Habeis oido? *(Saca un puñal.)*

CARLOTA. *(De rodillas.)* ¡Ah! ¡Perdon! ¡Perdon!

¡La vida por piedad!...

DESCONOCIDO. ¿Queréis vivir!... sea. *(Toma con la mano el hierro candente y se lo aplica en la espalda.)*

CARLOTA. ¡Ah! *(Grito de horror.)*

DESCONOCIDO. Ahora ¿queréis saber quién soy? soy el hermano de Jorge, el verdugo de Bethune.

*(Llaman á la puerta, el desconocido se lanza por la ventana.)*

CARLOTA. ¡Ah! *(Con la espalda apoyada en la pared.)*

VIZCONDE. Abrid, soy yo. *(En la puerta)*

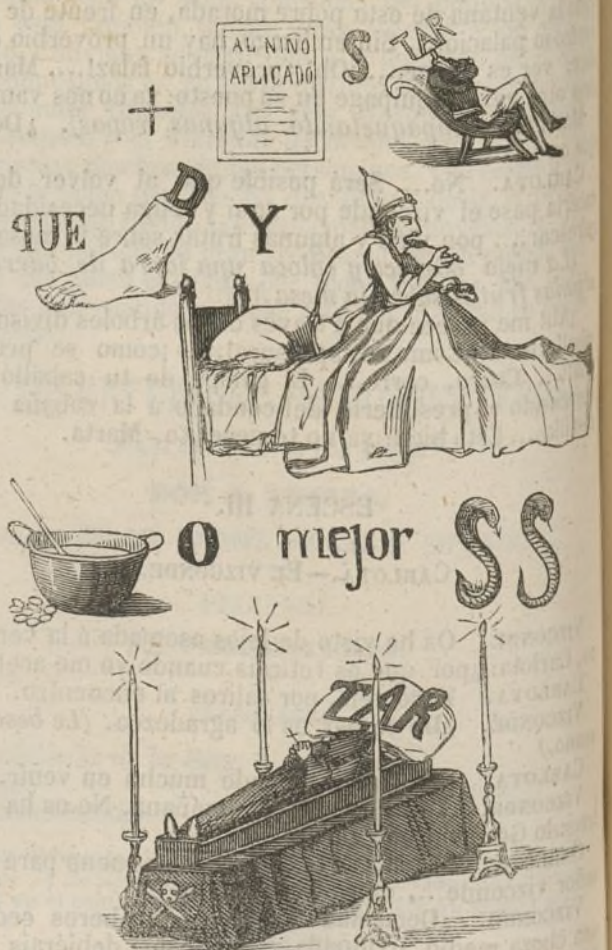
CARLOTA. ¡Gran Dios!...

VIZCONDE. Abrid, soy yo... soy vuestro esposo.

CARLOTA. Entrad, señor vizconde, vuestra muger os espera. *(Echándose sobre la espalda un velo al entrar habia dejado en una silla.)*

FIN DEL PROLOGO.

## LOGOCRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm.